
SONIA BELLIDO
VAS DE FAROL
Hay manos que vale la pena jugarlas,
sin importar el riesgo

VAS DE FAROL

Sonia Bellido Aguirre

VAS DE FAROL
Sonia Bellido Aguirre

Copyright © 2024 por Sonia Bellido Aguirre
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 27/11/2024 con el número 2411270224733

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en soniabellido02@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 1

Iris

El chasquido constante de las fichas de póker sobre el tapete resuena mientras observo las pruebas de acceso desde mi posición en la cabecera de la sala. La tensión es palpable en los distintos jugadores que luchan por los poquísimos puestos que ofrezco. Diez mesas, cada una alberga una intensa partida entre mis mejores estudiantes y los aspirantes. El murmullo de las conversaciones se entremezcla con suspiros ocasionales de frustración o discretas exclamaciones de triunfo.

Algunos lo lograrán. La mayoría no.

Consulto mi reloj por tercera vez, la elegante pieza, un recordatorio de mis días de gloria. 10:30 AM. Treinta minutos desde el inicio de las pruebas y aún no hay señal de Kate Malone, la jugadora callejera cuya solicitud había captado mi atención. Sus credenciales son poco convencionales; sin formación, sin tutores de renombre, pero con un impresionante historial en partidas clandestinas. El tipo de lugares en los que no se me ocurriría poner un pie.

—Quizás solamente sea tímida —sugiere Leo a mi lado, su voz está cargada de ese tono divertido que me indica que está a punto de hacer una broma. Se pasa una mano por la barba gris de varios días mientras reprime una sonrisa—. O tal vez solo juega por las noches y en lugares con poca iluminación. Ya sabes cómo son esas partidas clandestinas.

—Si no puede respetar nuestro horario, quizás no sea material para la academia —respondo, aunque algo en mi interior me dice que me equivoco.

Doy un sorbo a mi café que comienza a enfriarse rápidamente; tostado, oscuro, negro, sin azúcar, y hago una mueca ante el sabor amargo.

—¿Oh? —Leo arquea una ceja y esboza una sonrisa—. ¿No fuiste tú quien llegó una hora tarde a la ronda preliminar de un torneo porque estabas ocupada discutiendo estrategia con otro de los jugadores en Atlantic City?

—Eso fue diferente —protesto, aunque ambos sabemos que no lo fue—. Era joven y...

—Ella también lo es… ¿24?

Antes de que pueda confirmar la edad, la pesada puerta de madera se abre con la fuerza suficiente como para hacer saltar a varios estudiantes en sus sillas, y ahí está ella. Kate Malone irrumpe como si fuera la dueña del lugar, toda jeans rotos y chaqueta de cuero desgastada. Su pelo rubio está recogido en un moño descuidado, y algunos mechones sueltos enmarcan su rostro.

Una colección de pulseras de plata tintinea en su muñeca derecha. ¿Un amuleto de la suerte, quizás? Se mueve con un tipo de confianza que bordea la arrogancia, sus ojos azules escanean la sala como si estuviese evaluando un campo de batalla. Siento un calor repentino cuando nuestras miradas se encuentran, y me obligo a mantener una expresión neutral.

—Siento llegar tarde —anuncia, aunque realmente no suena arrepentida en absoluto. Su voz resuena por la sala, clara y desafiante—. El tráfico en esta jodida ciudad es una puta mierda. Perdón, quiero decir... —mira alrededor de la sala—, el tráfico era terrible. Sí, el tráfico era terrible.

Varias cabezas se giran, algunos sonríen ante su comentario, aunque capto más de una

mirada de desaprobación de nuestros estudiantes actuales. Prity Sharma, una de nuestras mejores alumnas, incluso pone los ojos en blanco. La Academia de Póquer Richardson tiene ciertos estándares que mantener, después de todo. Nuestra reputación se basa en la disciplina, el profesionalismo y la excelencia.

—Señorita Malone —anuncio, tratando de mantener la voz neutra a pesar de que algo inesperado revolotea en mi estómago cuando sus ojos se encuentran de nuevo con los míos —. Llega treinta minutos tarde.

Me sostiene la mirada. Sus penetrantes ojos azules contienen un desafío, sí, pero hay algo más ahí también; un destello de inteligencia, de comprensión. Me está evaluando tanto como yo la evalúo a ella.

—Mejor tarde que nunca, o eso se suele decir, ¿no? —responde, esbozando una sonrisa que probablemente la ha sacado de problemas más veces de las que quiero conocer. Hay una pequeña cicatriz sobre su ceja derecha, apenas visible, que me hace preguntarme sobre las historias que podría contar—. ¿Dónde quieres tenerme?

El doble sentido no pasa desapercibido en la sala, y escucho a Leo tratando de reprimir una risita a mi lado. No pienso ponérselo fácil.

—Mesa cuatro. La señorita Sharma la evaluará —indico, señalando hacia una de las mesas.

—Genial —responde, cruzando la sala.

Sus movimientos son fluidos y seguros. Atrae la atención sin ni siquiera intentarlo, y noto que no soy la única observando su avance porque ha distraído a casi la totalidad de los jugadores masculinos y a una buena parte de las chicas.

Toma asiento frente a Prity, quien mantiene su habitual expresión de determinada concentración. Observo cómo Kate saca una baraja gastada, los bordes desgastados por el uso. Corta las cartas con una facilidad practicada, sus dedos bailando sobre ellas en una exhibición hipnótica. Aunque no sé qué es lo que pretende.

—Aquí usamos nuestras propias cartas —le informa Prity, empujando hacia adelante la baraja reglamentaria de la academia.

—Solo es una costumbre, ya sabes —se disculpa, encogiéndose de hombros antes de guardar su baraja. Sus dedos tamborilean sobre la mesa, no por nerviosismo, yo creo, sino por las ganas de acabar con sus rivales—. Es difícil romper viejas rutinas, ¿no crees?

—Algunas rutinas necesitan romperse —murmuro, demasiado bajo para que alguien, excepto Leo, me escuche.

—¿Quieres decir como tu hábito de evitar a cualquier jugadora que te recuerde a ti misma de joven? —susurra en respuesta, ganándose una mirada asesina por mi parte.

La siguiente hora es... educativa, por decirlo de algún modo. Su estilo es diferente a cualquier cosa que haya visto en todos los años que he jugado al póker. Es agresiva, casi temeraria, en sus apuestas, pero parece existir un método en su locura. Lee a sus oponentes como si fuesen libros abiertos, capta señales que incluso yo paso por alto al primer vistazo. Los destroza.

—Voy con todo —anuncia, empujando todas sus fichas hacia delante con una confianza que me hace levantarme de mi asiento.

Prity la estudia con detenimiento, claramente tratando de decidir si este es uno de los cada vez más famosos faroles de Kate.

—No puedes tener la escalera. Estadísticamente, sería casi imposible —susurra.

Kate Malone tan solo sonríe, esa misma sonrisa desafiante que me dedicó al entrar.

—Supongo que solo hay una manera de averiguarlo, ¿no?

Prity se retira, y Kate revela sus cartas sobre la mesa. Ni siquiera una pareja. El farol fue perfecto. Incluso yo tengo que admirar su audacia. Aunque no estoy segura de que lo hubiese mantenido con dinero de verdad en juego.

—¡Eso no es póker! —protesta Prity, su habitual compostura se rompe de un plumazo—. Eso es solo... una apuesta loca.

—A veces, el póker es una apuesta loca, cariño —responde Kate, apilando sus fichas frente a ella con una eficiencia practicada—. Cualquiera que te diga lo contrario te está vendiendo humo.

—El póker es matemáticas, probabilidad y estrategia —interrumpo, caminando hacia su mesa—. No solamente actos aleatorios de bravuconería.

Kate se da la vuelta y me clava sus ojos azules y ese aleteo regresa a mi estómago. Maldita sea.

—Con todo respeto, señorita Richardson —replica, aunque su tono sugiere que respeto no es exactamente lo que está sintiendo—. El póker se trata principalmente de leer a las personas. Los números son importantes, por supuesto, pero la gente... la gente es lo que hace interesante el juego.

Sus palabras parecen un eco de mis propios pensamientos de años atrás, antes del escándalo, antes de que aprendiera que a veces jugar seguro es la mejor opción. Me encuentro tamborileando los dedos contra mi muslo, una señal que creía haber eliminado hace años.

—Demuéstramelo —la desafío, colocando una silla frente a ella. La sala se queda en silencio, y puedo sentir todas las miradas clavadas en nosotras—. Veamos lo bien que lees a las personas.

Una enigmática sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Estás segura de eso? Tengo entendido que ya no juegas al póker. Puede que estés un poco oxidada.

—Enseño —la corrijo—. Hay una diferencia.

Leo aparece junto a mí y aprieta mi hombro con suavidad.

—Iris —advierte en voz baja—, quizás esta no sea la mejor idea.

Pero ya estoy sentada, y Kate baraja las cartas con esos dedos ágiles suyos que parece que pretenden hipnotizarte. Muestra una apertura en abanico que pertenece más a un espectáculo de casino que a una academia de póker seria.

—Solo una partida amistosa —anuncia, aunque sus ojos cuentan una historia diferente—. Quizá debería advertirte de que no soy muy amistosa cuando juego.

La partida que sigue es diferente a cualquier cosa que haya experimentado en años. El estilo de Kate es impredecible, alterna entre apuestas agresivas y el juego cuidadoso justo cuando creo que la tengo descifrada. Me observa de manera constante, con esos ojos azules que no se pierden nada.

—Tamborileas los dedos sobre el tapete cuando tienes una buena mano —susurra, consiguiendo que inmediatamente detenga cualquier movimiento—. Y parpadeas dos veces cuando vas de farol.

—No es cierto —protesto, aunque no estoy completamente segura de que se equivoque.

—También te sale este pequeño surco entre las cejas cuando alguien te interesa —añade con una sonrisa cómplice—. Como ahora mismo.

Me esfuerzo por mantener una expresión neutral, aunque siento la mirada divertida de

Leo taladrándome la espalda. La última mano se reduce a solo nosotras dos, y el bote es considerable, incluso si no es dinero de verdad. Los ojos de Kate no han abandonado mi rostro durante los últimos cinco minutos.

—Voy con todo —anuncia en voz baja, empujando sus fichas hacia delante mientras me guiña un ojo.

Estudio mis cartas: tengo una mano decente, pero no imbatible. A continuación la estudio a ella. La pose casual que seguramente ha ensayado frente al espejo para que parezca que nada le afecta, la forma en que su mano izquierda juega con esas pulseras plateadas, la ligera inclinación de su cabeza.

—Vas de farol —decido.

—¿Estás segura? —Se inclina ligeramente—. ¿Por qué no igualas la apuesta y lo averiguas? —inquiere alzando las cejas de manera provocadora.

El desafío en su voz es inconfundible, y por un momento, me siento tentada. Muy tentada. Pero esto ya no se trata de la mano, y ambas lo sabemos.

—Me retiro —admito, colocando mis cartas boca abajo—. Pero solo porque esto es una prueba, no una competición de póker. Tan solo se trata de que seas evaluada.

Kate revela sus cartas: otro farol, justo como había pensado. Sin embargo, es la forma en que las muestra lo que capta mi atención. Hay un cierto respeto ahora, mezclado con algo más que no estoy lista para analizar.

—Entonces —dice, recogiendo las cartas—, ¿he pasado la prueba?

Más tarde, esa noche, me siento en mi despacho revisando las evaluaciones del día. El expediente de Kate yace abierto sobre mi escritorio, su foto de solicitud mirándome fijamente. Las luces fluorescentes proyectan sombras sobre la página, y golpeo con los dedos mi taza de café, la décima del día.

—¿No le estás dando demasiadas vueltas? —inquiere Leo desde su posición junto a la ventana. El horizonte de Nueva York se extiende detrás de él, un testimonio brillante de ambición y de riesgos—. Joder, Iris, tiene un talento natural enorme. Del tipo que no hemos visto en años. Posiblemente nunca.

—Es indisciplinada —argumento, levantándome para pasear por el despacho—. Su estilo es demasiado arriesgado, demasiado... —me detengo, incapaz de encontrar la palabra correcta.

—¿Emocionante? —sugiere Leo con una sonrisa burlona—. ¿Cautivador? ¿Te recuerda a cierta jugadora que solía conocer cuando era joven y todo el mundo decía que se convertiría en la mejor del mundo?

—Iba a decir poco fiable —espeto, aunque ambos sabemos que no es cierto—. Es todo lo que he pasado años enseñando a nuestros estudiantes a no ser.

—Quizás es precisamente por eso por lo que la necesitamos —se queja Leo, encogiéndose de hombros—. Iris, no construiste esta academia para crear copias idénticas de ti misma. La construiste para nutrir el talento, cualquiera que sea su forma. Incluso si se presenta de una forma salvaje y fascinante.

—¿Y qué pasa cuando su estilo le explote en la cara en el peor momento? Cuando se estrelle y se queme como... —me detengo, pero es demasiado tarde.

—¿Cómo te pasó a ti? —La voz de Leo adquiere un tono comprensivo—. Excepto que no te estrellaste y quemaste, ¿verdad? Te reconstruiste. Creaste algo increíble aquí —. Hace un gesto con el dedo alrededor del despacho—. Quizás es hora de dejar de temer tanto al pasado.

Me desplomo en mi silla, sintiendo de repente cada uno de mis treinta y seis años.

—No se trata solo de su estilo de juego —admito en voz baja.

—Ah —suspira Leo, asintiendo lentamente con la cabeza—. Así que, finalmente, llegamos al verdadero problema. Esa chica te atrae.

—No es cierto —me apresuro a protestar, aunque ni yo misma me lo creo—. Solo... no lo sé, noto cosas. La forma en que se mueve. Cómo se le iluminan los ojos cuando está lanzando un farol. La pequeña cicatriz sobre su ceja...

—¿Qué coño tiene que ver la cicatriz en su ceja? Joder, Iris, estás en problemas —ríe Leo —. Pero quizás eso no sea tan malo.

Firmo el formulario de aceptación de Kate con más fuerza de la necesaria.

—Envíale el correo. Dile que empieza el lunes y que deje de inmediato las partidas clandestinas. No quiero que lo que aprende aquí lo desaprenda en esos antros… ni que le pase nada —añado. A continuación, hago una pausa, luego suspiro—: Y Leo, ni una palabra sobre... nada más.

—No se me ocurriría —me asegura, aunque su sonrisa me persigue todo el camino a casa.

Esa noche, mientras estoy de pie frente a la ventana de mi apartamento, observando la ciudad, intento convencerme de que he tomado la decisión correcta. Kate Malone representa todo lo que he pasado años evitando: riesgo, impulso, atracción, escándalo. Es una carta salvaje en mi mundo cuidadosamente ordenado.

Y, sin embargo, cuando pienso en su sonrisa y su estilo de juego sin miedo, me doy cuenta de algo más: por primera vez en años, estoy emocionada por enseñar de nuevo. Aterrada, sí, pero emocionada.

—Solo mantenlo de manera profesional —murmuro para mí misma mientras me alejo de la ventana—. No puede ser tan difícil.

La oscuridad de la noche no responde, pero de alguna manera, tengo el presentimiento de que estoy a punto de averiguarlo.

Capítulo 2

Kate

La Academia de Póker Richardson parece resplandecer con sus suelos de madera pulida y pomos de latón en las puertas. Todo cuidadosamente seleccionado para proyectar una imagen de éxito y tradición. Me siento casi como una gata callejera que se ha colado en una tienda de mascotas de lujo, especialmente cuando la mirada de Iris Richardson se posa sobre mí por tercera vez en otros tantos minutos.

—La clave del éxito —explica, caminando frente a nuestro pequeño grupo de estudiantes — es la disciplina en el juego. Los riesgos deben ser calculados y basados en las probabilidades, no en impulsos.

Su blazer gris a medida y su camisa blanca impecable prácticamente gritan autoridad, joder, con lo que me excitan a mí las mujeres que visten trajes. Sin embargo, es su forma de moverse lo que capta mi atención: fluida y grácil, como una bailarina. O quizá una depredadora. Me remuevo en mi asiento, intentando concentrarme en sus palabras en lugar de en cómo el tono castaño de su pelo atrapa la luz o cómo sus ojos verdes parecen atravesarme cada vez que me mira. O cómo menea el culo al caminar cuando me da la espalda.

—Señorita Malone —dice de repente, consiguiendo que me ponga recta en la silla—. Quizás te gustaría compartir tus pensamientos sobre el juego de posición.

Hay un extraño desafío en su voz que me acelera el pulso. Se detiene directamente frente a mí, lo suficientemente cerca como para captar un toque de su perfume: algo caro y sutil, con notas de vainilla y ámbar y, por unos instantes, me imagino desabrochando su camisa botón a botón, para olerlo más de cerca.

—El juego de posición está sobrevalorado —exclamo, ganándome algunos suspiros ahogados de mis compañeros—. A veces la mejor jugada es la que nadie se espera.

—¿Eso es lo que aprendiste en esas partidas clandestinas? —pretende mantenerse firme, pero su mirada se desvía hacia el tatuaje de dragón que se enrosca por mi brazo, visible en cuanto arremango la blusa. La tinta negra y azul parece brillar bajo sus ojos, y resisto el impulso de flexionar el brazo.

—Entre otros sitios —me inclino ligeramente hacia delante, observando cómo sus ojos siguen el movimiento—. ¿Te gustaría que te lo demostrase?

Estamos a centímetros de distancia ahora y la tensión entre nosotras es palpable. Su mirada se desvía a mi escote, expuesto por mi blusa parcialmente desabrochada, antes de regresar bruscamente a mi rostro. El rubor en sus mejillas prácticamente me hace suspirar.

—Adelante —indica, su voz ligeramente más ronca y profesional que antes—. Muéstranos tu... técnica.

Reparto las cartas con una eficiencia practicada, consciente de que está parada detrás de mí, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. Cuando se inclina para revisar mis cartas tapadas, su aliento me hace cosquillas en la nuca.

—Una mano peligrosa —murmura.

—Me gusta el peligro —respondo, luchando contra el impulso de girar la cabeza y borrar esos pocos centímetros entre nosotras. Me muero por descubrir si su piel es tan suave como

parece.

La mano se desarrolla exactamente como me había imaginado y me llevo las fichas de los demás alumnos con unas cartas que realmente son una mierda. Pero es que en esta academia nadie parece arriesgarse lo más mínimo.

—Eso no es estrategia —argumenta con una mueca, pero hay algo extraño en sus ojos: respeto mezclado con algo más oscuro, más intenso—. Eso es un juego temerario.

—A veces lo temerario funciona —susurro, manteniendo su mirada, disfrutando de la forma en que sus dedos golpean contra su muslo, un gesto revelador que ya he catalogado cuando se pone nerviosa—. A veces, es justo lo que necesitas, ser temeraria.

—Una cosa es ser temeraria cuando juegas una partida sin dinero como ahora, o con muy poco dinero como en tus partidas clandestinas y otra muy distinta son las Series Mundiales.

—Tienes razón, una cosa es jugarse una cantidad de dinero grande como en las Series Mundiales y otra muy distinta jugarse tu cuerpo o tu vida como en las partidas callejeras. Ahí aprendes cuándo puedes ir de farol y cuándo no —replico con una sonrisa.

Abre la boca para responder, aunque luego parece pensarlo mejor. En su lugar, se lanza a contar una historia sobre su propia carrera, específicamente sobre el escándalo que acabó con dicha carrera. Su voz se vuelve áspera con una emoción contenida mientras describe las falsas acusaciones, el circo mediático que se montó a su alrededor, la forma en que su reputación fue arrastrada por el barro.

—Por eso es crucial estar por encima de cualquier reproche —concluye, aunque puedo ver el dolor detrás de su máscara profesional. Me gustaría alcanzarla, atraerla hacia mí, mostrarle que no todo en esta vida tiene que ver con el control y reputación.

—¿Qué pasó con las personas que te acusaron? —pregunto con interés.

Me clava la mirada, y por un momento, veo más allá de sus muros cuidadosamente construidos.

—Admitieron que todo era falso, pero para entonces... —Endereza la espalda, la máscara volviendo rápidamente a su lugar—. Para entonces, ya había decidido centrarme en la enseñanza.

La discusión continúa, pero no puedo sacudirme la imagen de su momentánea vulnerabilidad, no puedo dejar de imaginar cómo sería derribar esas defensas, besar cada cicatriz dejada por esas acusaciones, mostrarle que a veces soltarse es exactamente lo que necesitas.

Más tarde, en mi pequeño apartamento, me detengo bajo la ducha, dejando que el agua caliente caiga en cascada sobre mis hombros mientras repaso cada momento de tensión entre nosotras. La forma en que su mirada se detuvo en mi tatuaje, cómo su respiración se entrecortó cuando me incliné más cerca, el sutil temblor en sus manos cuando nuestros dedos se rozaron intercambiando cartas.

Cierro los ojos y dejo volar mi imaginación. En mi mente, la estoy presionando contra las paredes revestidas de madera de su academia de póker, ahogando su jadeo de sorpresa con mis labios. Mis manos se deslizan bajo esa camisa blanca perfectamente planchada, descubro la suavidad de su piel mientras sus dedos se enredan en mi melena.

El vapor llena el baño mientras mi fantasía crece. Me imagino desabrochando cada botón de su camisa muy lentamente, revelando centímetro a centímetro su piel desnuda al tiempo que ella me observa con esos intensos ojos verdes. En mi mente, ya no es la dueña controlada de la academia: ahora Iris es salvaje, apasionada, su pelo corto está despeinado por mis dedos pasando a través de él mientras chupa mis pezones.

Mi mano se desliza por mi piel mojada, trazando el camino que desearía que sus dedos tomaran. El tatuaje del dragón parece retorcerse bajo mi tacto, y recuerdo cómo su mirada se había detenido en él, el deseo en sus ojos imposible de disimular.

—Iris —susurro, dejando caer mi cabeza contra la pared de la ducha al tiempo que acaricio mi sexo.

En mi fantasía, es ella la que me presiona contra la pared. Imagino su boca en mis pechos, sus dedos explorando cada centímetro de mi intimidad. Rodeo uno de mis senos, pellizcando el pezón, imaginando que es su toque en lugar del mío.

El agua corre en pequeños riachuelos por mi cuerpo mientras mi otra mano continúa más abajo, froto mi clítoris pensando en ella. Jadeo, la imagino de rodillas frente a mí, lamiéndome, sus ojos verdes mirando hacia arriba con puro deseo.

—Joder —suspiro, moviendo los dedos más rápido mientras la fantasía toma el control.

Me imagino levantándola, envolviendo las piernas alrededor de su cintura al tiempo que me lleva a la cama. En mi mente, Iris se arquea debajo de mí, todo ese control cuidadoso que quiere aparentar destrozado mientras saboreo cada centímetro de su sexo. Muevo los dedos en círculos constantes, igualando el ritmo que imagino que a ella le gustaría.

La tensión se acumula mientras la imagino desmoronándose debajo de mí, esos muros que ha construido finalmente derrumbándose mientras grita mi nombre.

Cuando llego al orgasmo, es de nuevo con su nombre en mis labios, las piernas temblando al tiempo que olas de placer me golpean una y otra vez. Tengo que apoyarme contra la pared de la ducha para mantenerme en pie, mi corazón latiendo con fuerza mientras la realidad se filtra lentamente.

Al abandonar la ducha y caminar desnuda hacia mi dormitorio, capto mi reflejo en el espejo empañado por el vapor. Mis mejillas están sonrojadas, las pupilas dilatadas, mi pelo rubio oscurecido por el agua y pegado al cuello.

—Te estás metiendo en problemas, Malone —le recuerdo a mi reflejo, limpiando algo de la condensación con la palma de la mano.

Pero el tatuaje del dragón me recuerda todas las formas en que no encajo en el mundo cuidadosamente ordenado de Iris.

Nunca he sido buena siguiendo reglas o manteniéndome en mi carril. Al crecer sin familia, aprendí que a veces tienes que hacer tu propio camino, incluso si significa romper algunas reglas en el proceso. Las calles me enseñaron a confiar en mis instintos, y ahora mismo, cada instinto que tengo grita que hay algo real entre Iris y yo, algo que vale la pena perseguir.

Pero mientras me seco y me pongo una vieja camiseta de Led Zeppelin, recuerdo el dolor en su voz cuando habló del escándalo. Supongo que ha trabajado demasiado duro reconstruyendo su reputación como para arriesgarlo todo por alguien como yo: una jugadora callejera con un pasado cuestionable y demasiados tatuajes.

Me dejo caer sobre el colchón, mi piel todavía hormigueando tanto por la ducha caliente como por mi excitación. A través de la ventana de mi apartamento, el horizonte de Nueva York parpadea, recordándome lo lejos que he llegado desde esas partidas clandestinas en sótanos mugrientos y peligrosos. La Academia Richardson representa una oportunidad para probarme a mí misma, para mostrar que pertenezco al póker de altas apuestas.

—Debes mantener un perfil profesional —murmuro contra la almohada, a pesar de que mi cuerpo recuerda el calor de su mirada, la electricidad cuando estuvimos cerca.

Pero mientras me quedo dormida, en mis sueños aparecen unos preciosos ojos verdes,

unos labios suaves, una mujer vestida en un traje a medida con el pelo corto. Y en el fondo, sé que mantenerme profesional alrededor de Iris Richardson podría ser el mayor farol que he intentado.

Porque algunas manos valen la pena jugarlas, sin importar el riesgo.

Capítulo 3

Iris

—Voy con todo.

Esas palabras resuenan de nuevo en la sala principal de la academia y cada vez que Kate las pronuncia, siembra el terror en mis alumnos. Nunca saben si tiene una buena mano o es uno de sus múltiples faroles. Desliza toda su pila de fichas hacia delante, mientras su pulsera de la suerte refleja la luz del sol que se cuela por la ventana. Una minúscula sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios, la misma sonrisa que me ha estado distrayendo toda la mañana.

Prity Sharma tensa los dedos alrededor de sus cartas. Nuestra mejor estudiante, normalmente la viva imagen de la serenidad, golpea sus uñas perfectas contra el fieltro.

—No puedes tener la escalera —protesta, aunque la duda se cuela en su voz sin que consiga evitarlo y creo que Kate capta ese detalle sin problema.

—Siempre me dices lo mismo. De nuevo, solo hay una forma de averiguarlo.

Kate se echa hacia atrás en la silla, estirándose de manera que su camiseta se levante ligeramente para enseñar el ombligo. Sin duda, un movimiento calculado que consigue que los ojos de todos los jugadores de la mesa se centren en ella y a mí me obligue a desviar la mirada.

—Esto no es una estrategia apropiada —se queja Prity—. Juegas de un modo temerario.

—Tal vez —responde, encogiéndose de hombros—. Pero ¿está funcionando?

Los otros estudiantes han abandonado sus partidas para observar. Incluso Leo ha detenido su clase sobre probabilidades para presenciar el enfrentamiento. La tensión en la sala aumenta con cada segundo que pasa.

—Es un farol —anuncia Prity, más para sí misma que para Kate.

—¿Lo es? —Kate inclina la cabeza hacia un lado y alza las cejas—. Pareces muy segura para alguien que tarda tanto en igualar la apuesta.

Casi se pueden ver los cálculos mentales dentro de la cabeza de Prity. Es un prodigio de las estadísticas y su estilo de juego, sobrio y calculador, choca de frente contra lo impredecible de Kate. Tras cinco minutos de agonía, niega con la cabeza y se retira.

Kate revela sus cartas con un floreo. Nada. Ni siquiera una pareja. Otro farol.

—Esto es imposible —balbucea Prity—. No deberías haber... esto no es como...

—A veces lo imposible funciona —Kate le guiña un ojo mientras apila sus fichas—. Gracias por la lección de todos modos, lo tendré en cuenta.

—¡Señorita Richardson! —Prity Sharma se gira hacia mí y sus ojos negros brillan con indignación—. Este tipo de juego va en contra de todo lo que enseñamos aquí. Las probabilidades matemáticas, las matrices de evaluación de riesgo...

—¿Podemos hablar un momento, señorita Malone? —Mantengo mi voz neutral mientras señalo hacia mi oficina—. Ahora.

Mientras se levanta, Kate se estira de nuevo, esta vez arqueando la espalda de un modo que no puede ser accidental. Algunos estudiantes la miran ya sin disimulo. Aclaro mi garganta y se dispersan de vuelta a sus mesas.

—Bonito truco eso de estirarse para enseñar el ombligo —comento mientras caminamos.

—Solo juego con mis fortalezas —responde con una sonrisa—. Deberías probarlo alguna vez. Esa camisa entallada hace maravillas con tus tetas.

—A mi oficina. Ahora.

Kate me sigue, sus botas resuenan contra el suelo de madera de un modo que me dice que está pisando con más ímpetu de la cuenta solo para provocarme. Tan pronto como cierro la puerta, se deja caer en uno de los sillones de cuero y apoya los pies sobre mi escritorio, sus botas de combate cruzadas en el tobillo.

—Baja los pies ahora mismo —ordeno—. Esto no es uno de los garitos clandestinos en los que sueles jugar al póker.

Obedece, pero el brillo rebelde permanece en sus ojos.

—Tienes que admitir que fue un farol hermoso. No había manera de que pudiese tener algo y, aun así, la reina de las probabilidades se asustó.

—Fue temerario. Peligroso. El tipo de movimiento que hace que te destrocen en un torneo real.

—Pero efectivo —se inclina hacia delante y capto un vistazo de su escote—. Justo como solías jugar tú, según he oído. Antes de que te convirtieses en una jugadora aburrida. He estado estudiando videos de tus antiguos torneos.

—Eso era diferente —me quejo.

—¿Lo era? —Se pone de pie, acortando la distancia entre nosotras—. La gran Iris Richardson, famosa por sus apuestas audaces y faroles sin miedo. Las Vegas 2018, igualaste una apuesta all-in con solo as.

—No sabes nada de eso.

Mi espalda golpea la estantería. ¿En qué momento se acercó tanto a mí?

—Sé más de lo que tú crees —susurra, clavándome sus preciosos ojos azules—. Sé que te absolvieron de esas acusaciones de trampa. Sé que la verdadera razón por la que lo dejaste no fue el escándalo, fue porque dejaste de confiar en tus instintos. Porque te habías convertido en una jugadora aburrida que se basaba demasiado en la técnica.

—Ya es suficiente.

—Sé que, de algún modo, te ves a ti misma en mí —continúa, bajando su voz hasta convertirlo en un susurro—. Eso es lo que te asusta. No mi estilo de juego, sino lo familiar que se siente. Y eso te excita —añade, suspirando junto a mi oído.

Su perfume inunda mis sentidos, algo salvaje y especiado. Mis ojos se centran en sus labios entreabiertos que se curvan en una sonrisa, sabiendo que me ha puesto nerviosa.

—Te equivocas —miento—. No soy nada como tú. En ningún momento lo fui.

—¿No? —Por un momento, pienso que me va a besar, pero en el último instante se estira para coger un libro de la estantería, su brazo rozando el mío—. ¿Entonces por qué estás temblando, Iris?

El contacto envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Estamos tan cerca que puedo ver las suaves pecas sobre su nariz.

—Esto es inapropiado —logro decir.

—Todo en mí es inapropiado —responde, deslizando la punta de sus dedos por el lomo del libro y haciéndome temblar—. Eso es lo que me hace interesante, ¿no crees?

Me aparto de ella con más prisa de la que me gustaría, poniendo la mesa entre nosotras a modo de escudo.

—Esta discusión ha terminado. Regresa a la sala de práctica.

—Lo que tú digas, profe.

Me dedica una preciosa sonrisa y un guiño de ojo mientras camina despacio hacia la puerta, deteniéndose con la mano en el pomo.

—Pero ambas sabemos que esto no ha terminado. Ni por asomo —añade.

La puerta se cierra tras ella. Espero hasta que sus pasos se desvanecen antes de suspirar y esconderme en mi baño privado. El agua fría que salpico en mi cara no hace nada para enfriar el fuego que siento bajo la piel.

—Contrólate, Iris —susurro a mi reflejo—. Es una estudiante. Doce años menor. Completamente inapropiado.

Mi reflejo no ofrece respuestas, solo me devuelve la mirada con las mejillas sonrojadas que delatan mi atracción y que estoy más que segura que Kate ha visto.

Cuando regreso a la sala principal, Kate ya está inmersa en otra mano de póker con Prity y otros dos estudiantes. Ni siquiera mira en mi dirección, ríe de manera distraída por algo que Leo acaba de decir. Como si nuestro encuentro en mi despacho nunca hubiera sucedido.

Pero todavía puedo oler su perfume en mi ropa.

—Interesante estudiante, esa Kate —murmura Leo mientras se coloca a mi lado—. Me recuerda a alguien más a esa edad.

—No empieces.

—La forma en que juega, la confianza, el talento puro... —Sacude la cabeza—. Es como verte a ti hace doce años.

—Es indisciplinada. Temeraria.

—Tú también lo eras, antes de que el circuito de torneos te arrebatara tu esencia. —Sorbe su siempre presente café—. Quizás lo que necesita no es menos pasión, sino alguien que la ayude a controlarla.

Observo mientras Kate gana otro bote, su rostro se ilumina de alegría. La misma alegría que yo solía sentir antes de que el póker se convirtiera más en matemáticas que en instinto.

—Va a ser un problema —suspiro.

—Oh, de eso estoy completamente seguro —ríe Leo—. La pregunta es, ¿estás lista para manejar ese problema o será demasiado para ti?

Antes de que pueda responder, Kate me clava la mirada y me dedica un guiño de ojo lento y deliberado con siguiendo que mi corazón se detenga por un instante.

—¿Sabes? —Continúa Leo—, no hay nada en las reglas de la academia sobre profesores saliendo con estudiantes. Todas son adultas aquí.

—Eso no es... —balbuceo—. Yo no estaba...

—Claro que no. —Da una palmada en mi hombro—. Al igual que no has estado mirándola toda la mañana.

—Soy su mentora.

—Y ella es exactamente lo que necesitas. —Se dirige de vuelta a su mesa, susurrando antes de estar demasiado lejos—. A veces, las manos más aterradoras son las que más vale la pena jugar.

El resto de la mañana discurre mientras me intento concentrar en otros estudiantes, pero mi atención sigue desviándose hacia la mesa de Kate. La forma en que maneja sus fichas. Cómo echa la cabeza hacia atrás para reír. El tatuaje que se asoma cuando se estira para alcanzar su café.

—Igualo —dice en otra mano, y la palabra envía un escalofrío por mi columna.

No. No estoy lista para esto en absoluto.

Pero mientras la observo recoger otro bote, empiezo a pensar que no importa. Kate Malone

es una fuerza de la naturaleza, y ya estoy atrapada dentro de su tormenta.

Capítulo 4

Kate

Iris coloca una cámara de video en un trípode mientras observo que los alumnos se remueven incómodos en sus asientos alrededor de la mesa de póker.

—Hoy vamos a grabar vuestras reacciones ante las diferentes manos. La mayoría de los jugadores ni siquiera son conscientes de sus propios 'tells'. Es fascinante ver cómo cambia vuestra expresión cuando recibís un As de entrada, o cómo contenéis la respiración con un proyecto de escalera —anuncia.

Ajusta el enfoque de la cámara con una precisión quirúrgica mientras continúa hablando.

—Analizaremos cada minúsculo cambio en vuestra expresión, cada gesto involuntario. Sabéis que la base de lo que enseñamos aquí es un póker sobrio, basado en las probabilidades y en la técnica de juego, pero en el circuito profesional, un simple parpadeo puede costarte miles de dólares.

—Oh, genial —murmuro—. ¿También nos vas a hacer un análisis grafológico y leer las líneas de la mano?

***

Tras las clases, Iris me pide que me quede un momento para comentar un aspecto de mi juego. El habitual zumbido de las conversaciones de los estudiantes es reemplazado por un silencio extraño. Fuera, en la calle, los últimos rayos de sol pintan unas curiosas rayas doradas sobre las mesas de póker, aunque lo que de verdad llama mi atención es el modo en que el cabello de Iris parece atrapar cada rayo. Se ha remangado las mangas de la camisa, algo que es la primera vez que veo, y las líneas que se dibujan en sus antebrazos me distraen demasiado.

—¿Es por eso por lo que empezaste la academia? —La pregunta se me escapa antes de poder detenerla, desesperada por romper este momento un tanto peligroso—. Después de... ya sabes...

Por un instante, pienso que se cerrará como siempre hace en el momento en que alguien menciona su pasado. Pero deja las cartas a un lado y busca mi mirada.

—En parte sí —responde, deslizando la punta de los dedos a lo largo del borde de la mesa, un gesto nervioso que nunca le había visto antes—. Después del escándalo, competir se sentía... muy raro, casi como algo sucio. Enseñar parecía una forma de devolver algo, de probar que podía ofrecer algo al mundo del póker.

—¿Qué pasó realmente? —inquiero, bajando el tono de voz e inclinándome hacia ella, atraída por este raro momento de apertura—. Si quieres contármelo, claro.

Permanece callada tanto tiempo que pienso que no responderá. Entonces habla, su voz baja y controlada, pero capto un ligerísimo temblor en sus palabras.

—Era la mesa final de las Series Mundiales. Tenía veintisiete años, y podría llegar a ser la primera mujer en ganar el evento principal en Las Vegas. Tenía fama de ser agresiva, poco convencional —una sombra de sonrisa se dibuja en sus labios—. No era muy diferente a ti, aunque en esos tiempos mi juego había cambiado bastante.

No puedo evitar devolverle la sonrisa, aunque mi corazón se acelera ante la comparación. Se acomoda en la silla junto a mí, mucho más cerca de lo estrictamente necesario.

—Durante la partida, uno de los jugadores afirmó que me enviaban mensajes a través de un auricular en los pendientes. Llamaron a seguridad, el juego se detuvo… —Hace una pausa y sus dedos comienzan ese familiar patrón de golpeteo sobre la mesa—. No encontraron nada, me exculparon completamente, pero para entonces...

—El daño ya estaba hecho —termino la frase por ella, luchando contra el impulso de cubrir su mano con la mía.

Asiente, y la sombra de tristeza en sus ojos verdes me parte el corazón.

—Cuando la partida se reanudó, no conseguí concentrarme. Sabía que todos los ojos estaban puestos en mí y no tardé demasiado en perderlo todo —reconoce con un largo suspiro—. A partir de ese momento, los susurros me seguían a todas partes. Personas que creía que eran amigos de repente tenían dudas sobre mí. Incluso cuando ganaba otros torneos del circuito, siempre había preguntas de la prensa. Así que me alejé.

—Eso es una jodida mierda —mascullo con rabia—. Les dejaste ganar.

—Elegí protegerme. Hay una diferencia.

—¿La hay? —pregunto, acercándome más a Iris—. Porque a mí me parece que dejaste que las mentiras de otros dictasen tu vida.

—¿Y qué sabrás tú sobre eso? —protesta alzando la voz y pegando un manotazo sobre la mesa.

—Más de lo que piensas.

Me levanto de la silla y empiezo a pasear por el despacho. Necesito moverme o me explotará la cabeza. Odio abrirme a la gente. Aprieto los puños, me debato entre marcharme o contarle mi historia.

—¿Quieres saber sobre mentiras? Intenta crecer en la red de hogares de acogida donde todos te prometen cosas que nunca se cumplen. Intenta sobrevivir en las calles desde los dieciséis años porque es más seguro que quedarse en el último hogar que me asignaron. Intenta apostar tu cuerpo en una mano de póker porque no tienes dinero para cubrir la apuesta.

Las palabras salen ahora imparables de mi boca.

—¿Sabes cómo aprendí a jugar al póker? En un refugio para personas sin hogar. Mis primeras lecciones me las dio un tipo que lo había perdido todo, pero aún conservaba una baraja de cartas. Él me enseñó que el mejor farol no trata sobre el engaño, sino la supervivencia. Porque cuando no tienes nada, a veces un buen farol es lo único que se interpone entre tú y el hambre.

Mi voz se quiebra al hablar y me doy cuenta de que estoy temblando.

—Jugué en lugares que harían que tus preciosos estudiantes de la academia salieran corriendo y gritando mientras llamaban a la policía. En partidas clandestinas donde las apuestas no eran solo con dinero. Donde un movimiento equivocado podía costarte mucho más que fichas. Pero ¿sabes qué? Sobreviví. Aprendí. Y sí, muchas veces me abrí paso con faroles, pero nunca hice trampa. Nunca. Y tampoco me rendí.

El silencio que sigue es ensordecedor. Iris permanece inmóvil, su expresión ilegible. Mi pecho se agita mientras intento recuperar el aliento, sorprendida por mi propio arrebato. Los últimos rayos de sol pintan sombras a través de su rostro, haciendo imposible ver sus ojos.

—Kate... —Da un paso hacia mí, su mano medio levantada como si fuera a tocarme, y mi corazón se detiene.

Lo deseo. Dios, cómo deseo que cierre la distancia entre nosotras, que me envuelva en sus brazos y me diga que todo está bien. Que me bese y me sostenga hasta que cese el

temblor. Que deslice sus dedos por mi pelo y me susurre que ahora estoy a salvo.

En cambio, duda y su máscara profesional regresa a su lugar.

—No tenía ni idea.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Cojo mi chaqueta del respaldo de mi silla, necesito escapar antes de desmoronarme por completo.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. Creo que debería irme.

—Kate, espera...

Pero ya estoy en movimiento, decidida, pasando junto a ella de camino a la puerta. No puedo soportar ver la lástima en sus ojos, o peor, el juicio. He visto a ambos demasiadas veces antes. De padres adoptivos, de trabajadores sociales, de antiguas novias que pensaron que podían "arreglarme".

Una hora más tarde, estoy acurrucada en mi sofá, repasando cada momento de nuestra conversación. La forma en que sus ojos se suavizaron cuando habló sobre enseñar póker en la academia. Cómo sus dedos se movieron hacia mí antes de detenerse. El casi imperceptible cambio en su respiración cuando empecé a hablar sobre mi pasado.

Debería haber cogido su mano entre las mías. Debería haber sido lo suficientemente valiente para cerrar esa brecha. Pero la experiencia me ha enseñado que ese tipo de cosas, cuando la otra persona intenta mantener una imagen, no suele acabar bien para mí.

Mi última relación terminó con mi ex robándome el poco dinero que tenía y desapareciendo. La anterior... bueno, hay una razón por la que ya no bebo tequila. Preocuparse por la gente es peligroso. Dejar que se preocupen por ti es aún peor.

Un golpe en mi puerta me saca de mis pensamientos. Cuando abro, me encuentro a Prity, sosteniendo una botella de vino y sonriendo. Su cabello oscuro está ahora suelto, no recogido en su eterna cola de caballo y cae en ondas alrededor de sus hombros.

—Pensé que podrías querer compañía —anuncia, cambiando su peso de un pie a otro—. Y tal vez alguien con quien hablar que no sea tan... —Se detiene como buscando la palabra correcta.

—¿Complicada? —sugiero, tratando de ignorar la forma en que mi corazón se acelera al pensar en Iris.

—Iba a decir intimidante como Iris, pero complicada también funciona —indica, levantando la botella de vino frente a mí—. ¿Puedo entrar? Es un buen Cabernet. Me lo recomendó Leo, de hecho.

Dudo un instante. Lo último que necesito es sentir la lástima de una de las alumnas estrella de la academia. Pero hay algo real en la expresión de Prity que me hace cambiar de opinión.

—También traje comida del Bangalore Spice Palace —añade, sacando una bolsa que huele de maravilla—. Te advierto, lo pedí extra picante. Y antes de que digas que no, conseguí esas samosas de patata de las que siempre robas bocados durante el descanso para comer.

—Juegas sucio, Sharma.

—Aprendí de la mejor —sonríe—. Aunque no le digas a Iris que he dicho eso. Todavía piensa que soy su estudiante perfecta que nunca rompe las reglas.

Me hago a un lado para dejarla entrar. Ha pasado tanto tiempo desde que alguien simplemente... apareció. Desde que alguien me miró y vio más allá de mi actitud dura y complicada.

—Entonces —comienza Prity, dejando la comida y bebida sobre la mesa y poniéndose

cómoda en mi sofá—, ¿quieres contarme qué pasó hoy con Iris? ¿O deberíamos empezar con el vino e ir avanzando nuestro camino hacia las cosas más complicadas?

—Mejor empezamos con la botella de vino —decido, cogiendo dos copas de mi cocina —. Definitivamente, el vino primero.

—Buena elección —indica con un guiño de ojo mientras empieza a abrir la bolsa de la comida y el aroma de las especias llena mi pequeño apartamento—. Y Kate, lo que sea que quieras compartir, poco o mucho, estoy aquí para escuchar. Sin juicios, sin consejos, a menos que me los pidas. Solo... —Se encoge de hombros y sonríe—. Una amiga.

La simple palabra consigue que mis ojos se humedezcan con unas lágrimas inesperadas. Trato de mantenerme ocupada con la botella de vino para ocultarlas, pero cuando me doy la vuelta hacia Prity, su sonrisa me dice que las ha visto de todos modos. Es lo malo de los jugadores de póker, nos fijamos en los pequeños detalles.

—Una amiga —repito, acomodándome junto a ella en el sofá—. Creo que eso me podría gustar.

Mientras se hace de noche, hablamos y reímos alrededor del curry picante y la botella de vino. Prity me cuenta sobre cómo fue crecer en Mumbai, sobre dejar todo atrás para perseguir sus sueños de jugar al póker en el circuito profesional. Yo comparto historias sobre las partidas clandestinas más locas que he jugado, y se siente natural apoyar la cabeza en su hombro mientras reímos.

Y sí, algunas lágrimas se mezclan con la risa cuando finalmente me decido a contarle mi pasado, lo que está ocurriendo con Iris, lo aterrorizada que estoy de querer algo que no puedo tener. Pero, bueno, ¿para eso están las amigas, no?

Capítulo 5

Iris

—¿Nunca habías volado antes? —pregunto cuando el avión rueda por la pista al ver que Kate aprieta con tanta fuerza el reposabrazos del asiento que sus nudillos se han quedado blancos.

—Volar en avión no era exactamente una prioridad cuando vivía en las calles —murmura entre dientes.

Su habitual arrogancia ha desaparecido, reemplazada por algo crudo y vulnerable que me produce una sensación extraña.

El rugido del motor aumenta, y la respiración de Kate se vuelve más errática y superficial. Sin pensarlo, cubro su mano con la mía y la aprieto en un intento de darle ánimos. Su piel está fría y tiembla ligeramente.

—Eh, mírame —indico en voz baja, y esos impresionantes ojos azules se me clavan en el alma—. Solo respira, ¿vale? Estoy contigo.

Entrelaza sus dedos con los míos mientras el avión despega, e intento ignorar lo bien que se siente, es como si nos hubiésemos dado la mano en un millón de ocasiones.

—Menuda profesional del póker de mierda estoy hecha —intenta reír débilmente, supongo que bromear le ayuda cuando el avión se mueve con una turbulencia.

—Todo el mundo tiene miedo de algo —susurro mientras aprieto su mano con suavidad —. El truco está en no dejarlo ver en la mesa.

Me mantiene la mirada, y espero que no esté notando que mi respiración se ha acelerado.

—¿Es eso lo que haces tú? ¿Esconder tus miedos detrás de esa cara de póker perfecta?

La pregunta me descoloca. No la esperaba. Ha sido demasiado directa.

—Por favor —suspira—. Solo... ¿Hasta que nos estabilicemos?

—Vale, pero no me claves las uñas.

Quizá debería soltar su mano y mantener los límites profesionales entre nosotras. Es una alumna de mi academia y queda raro que nos estemos dando la mano, sobre todo cuando ella no es la única de mis alumnos que viaja en el avión. En cambio, asiento y dejo que se aferre a mí, fingiendo no notar cómo mi pulso se acelera con cada roce de su pulgar sobre mis nudillos.

***

Horas más tarde, ya en el hotel y preparadas para asistir al torneo de póker, me arrepiento de cada decisión vital que me ha llevado a este momento. Porque Kate Malone, en un vestido rojo que se ajusta a la perfección a cada una de sus curvas, debería ser ilegal en al menos cuarenta y ocho estados. Siempre la he visto enfundada en una camiseta y unos pantalones vaqueros gastados y si ya está impresionante vestida de manera informal, ahora mismo consigue que mi corazón se salte varios latidos.

—Dijiste que me vistiera para impresionar —se disculpa con una sonrisa y un guiño de ojo demasiado seductor cuando me pilla mirándola mientras se acerca a nuestro grupo en el vestíbulo del casino. Una elegante abertura revela justo la cantidad suficiente de pierna para volverme loca.

—Me refería a que te vistieras profesional —logro decir, mi voz más áspera de lo que

pretendía—. Estamos aquí para estudiar técnicas de torneo, no para... —gesticulo vagamente hacia ella.

—¿No, para qué? —Da un paso más cerca, y capto un toque de su perfume. Ese aroma cálido y especiado que me hace dar vueltas la cabeza—. ¿No para distraer a la competencia?

—Concéntrate en los profesionales —espeto, de manera más dura de lo necesario—. Es una orden.

Sus ojos brillan con esa familiar rebeldía y sonríe.

—Sí, señora.

Se concentra... durante aproximadamente una hora. Luego se sienta a una de las mesas y entra en una mano de póker en contra de mis instrucciones explícitas, apostando agresivamente con lo que sé que es una jugada mediocre.

—¿Qué estás haciendo? —siseo de manera disimulada mientras empuja más fichas al bote.

—Probando una teoría —Me guiña un ojo antes de volverse hacia su oponente, un profesional experimentado que está visiblemente desconcertado por su juego poco convencional.

Cuando se lleva el bote sin nada más que un as alto, la mesa erupciona en murmullos. De nuevo, su estrategia fue brillante pero temeraria, exactamente como ella.

—Eso ha sido completamente innecesario —le recuerdo más tarde en el bar, tratando de que mi voz no se quiebre —. No tenías ningún motivo para estar en esa mano. Os he traído hasta aquí para observar cómo juegan los profesionales, no para sentaros en las mesas sin mi permiso.

—Pero gané un buen dinero, ¿verdad? —apunta con esa rebeldía que la caracteriza, consiguiendo que muchas veces no sepa si darle un bofetón o empujar su cuerpo contra una pared para quitarle la ropa—. ¿No es eso lo que nos estás enseñando? ¿A ganar?

—Te estoy enseñando a jugar de manera inteligente, no a apostar con...

Mis palabras se cortan cuando noto que Martin Rivas, uno de nuestros estudiantes masculinos, se inclina para susurrar algo al oído de Kate. Ella ríe, y algo demasiado parecido a los celos se retuerce dentro de mí.

—A mi oficina. Ahora —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Kate arquea una ceja. Y Martin opta por desaparecer de mi vista.

—Estamos en Las Vegas. No tienes oficina aquí. ¿La tienes?

—Mi habitación, entonces —me arrepiento inmediatamente de lo que acabo de decir, pero no puedo retractarme ahora—. Necesitamos discutir tu actitud de hoy.

Me estudia por un largo momento, luego asiente.

—Guía el camino, profesora.

El trayecto en el ascensor, aunque corto, es demasiado silencioso y extraño. Kate se coloca demasiado cerca y su presencia hace que el pequeño espacio se sienta cargado. Intento no mirar su reflejo en los espejos, pero mis ojos me traicionan.

En mi habitación, me dirijo directamente al balcón en busca de aire. La franja de Las Vegas se extiende debajo de nosotras, un tumulto de luces y color. Kate me sigue, cerrando la distancia entre nosotras hasta que puedo sentir su calor en mi espalda.

—Entonces —susurra con suavidad, colocando una mano en la parte baja de mi espalda —. ¿Qué aspectos de mi actitud querías discutir? Si es por el vestido, me lo quito ahora mismo y me pongo algo más cómodo.

Me giro hacia ella con la intención de darle una charla sobre responsabilidad y técnica de

juego apropiada. Pero las palabras mueren en mi garganta antes de que consigan salir.

Las luces del atardecer dibujan un tono precioso en su rostro, y sus ojos sostienen los míos con una intensidad que me roba el aliento. Está lo suficientemente cerca como para ver el ligero temblor en su labio inferior, incluso la forma en que su pulso late en su garganta.

—Eres temeraria —logro decir, pero sale como un susurro que es apenas audible.

—Tal vez —sisea mientras da un paso más cerca de mí, quedándose completamente pegada a mi cuerpo—. O tal vez solo sé lo que quiero.

—Kate...

Se supone que es una advertencia, pero suena más como una súplica.

—Dime que pare —suspira mientras su mano sube para acunar mi mejilla—. Dime que esto no es lo que has estado pensando durante semanas y me voy.

Debería hacerlo. Mierda, debería dar un paso atrás y mantener la distancia profesional que he pasado años perfeccionando. En cambio, me inclino hacia su caricia y cierro los ojos como una adolescente enamorada.

Nuestros labios se encuentran con una suavidad que no esperaba. Es un beso tierno, tentativo, como si quisiese darme la oportunidad de alejarme si así lo deseo.

Pero estoy cansada de alejarme.

Coloco las manos en su cintura, atrayéndola más cerca mientras el beso se hace más pasional. Sabe ligeramente a champán y algo dentro de mí se libera. Todos los muros cuidadosamente construidos se desmoronan bajo la dulce presión de su boca.

Kate deja escapar un pequeño gemido contra mis labios que me deshace por completo. La empujo ligeramente contra la barandilla del balcón, una mano enredándose en su cabello mientras la otra traza la seda del vestido a la altura de su cadera.

—He querido esto desde el momento en que te vi —confiesa contra mis labios—. Incluso cuando estabas siendo imposible conmigo.

—Yo también —admito, cubriendo de pequeños besos su cuello.

Su piel es suave como la seda bajo mis labios y cada vez que rozo su cuello con la punta de la lengua, se arquea hacia mí con un jadeo que me vuelve loca.

Regresamos a trompicones a la habitación, nuestras manos y bocas explorando, la respiración entrecortada. Las luces de la ciudad se derraman a través de las ventanas y pintan su piel de color dorado mientras se desabrocha la cremallera del vestido.

—Espera —susurro, cogiendo sus manos y llevándolas a mi boca para besar los nudillos —. Déjame a mí.

Tiembla mientras bajo la cremallera de manera muy lenta, besando cada centímetro de piel desnuda. El vestido cae a sus pies como vino derramado en el suelo, y tengo que detenerme para recuperar el aliento.

—Eres… joder, eres perfecta —susurro, y la sonrisa que me dedica consigue que mis piernas tiemblen.

—Pero no te quedes solo mirando —bromea con un guiño de ojo mientras cuela los pulgares por debajo de la goma de sus bragas y las va bajando poco a poco hasta quedarse completamente desnuda.

En ese instante, pierdo cualquier control que pretendiese mantener. Acaricio y beso cada centímetro de su piel, memorizando los puntos que la hacen jadear, las caricias que la hacen temblar bajo mis dedos. Su cuerpo es increíblemente receptivo y cada vez que escucho uno de esos suaves gemidos o su espalda se arquea me olvido hasta de respirar.

Cuando finalmente caemos sobre la cama, lo hacemos con una ternura que nos sorprende

a ambas. No hay nada de las prisas que esperaba, nada de la necesidad frenética que ha estado construyéndose durante semanas. Nos tomamos nuestro tiempo, aprendiéndonos lentamente, como si quisiéramos recordar este momento para siempre.

—Mírame —susurro mientras se deshace bajo mis dedos cuando hacemos el amor, quiero ver cada emoción en tu rostro.

Más tarde, mientras yacemos enredadas entre las sábanas y la luz de luna, la realidad comienza a filtrarse. Kate debe percibir mis pensamientos porque se apoya en un codo para clavarme la mirada.

—No —murmura—. No empieces a pensar demasiado en esto.

—Esto lo cambia todo —respondo, trazando la línea de su clavícula en un intento de memorizar la suavidad de su piel.

—Tal vez debería hacerlo —suspira atrapando mi mano antes de besar mis nudillos—. Tal vez algunas cosas necesitan cambiar.

Quiero creerlo. Quiero creer que podemos encontrar una manera de hacer que esto funcione sin destruir todo lo que he construido. Pero la experiencia me ha enseñado que querer no siempre es suficiente.

—Deberíamos dormir —propongo en lugar de expresar mis miedos—. Mañana es un gran día.

Me estudia por un largo momento, luego asiente.

—De acuerdo. Pero ¿Iris?

—¿Hmm?

—No me arrepiento y tampoco lo haré mañana —me besa con suavidad y a continuación se acomoda contra mi costado—. Pase lo que pase, no me arrepentiré de lo que ha ocurrido esta noche.

Acaricio su espalda mientras su respiración se hace más profunda y se queda dormida, tratando de convencerme a mí misma de que puedo decir lo mismo, que no me arrepentiré mañana. Pero mientras yo también me voy quedando dormida, un pensamiento sigue dando vueltas.

En el póker, cuanto más altas son las apuestas, más dura es la caída si las cosas van mal.

Y nunca he jugado por apuestas tan altas.

Capítulo 6

Kate

Me despierto antes del amanecer y la parte del colchón donde esperaba encontrarme el cuerpo desnudo de Iris permanece aún tibia, pero vacía. Los recuerdos de anoche me inundan como si fuesen una marea imparable; sus besos, sus caricias, la forma en que susurraba mi nombre en la oscuridad. La manera en que, por primera vez en años, me hizo sentir segura entre sus brazos.

Y ahora se ha ido.

Sin despedirse.

—Distancia profesional —murmuro mientras me pongo los pantalones vaqueros con más fuerza de la necesaria—. Siempre con la misma mierda. Es incapaz de evitarlo.

El amanecer de Las Vegas pinta la ciudad de tonos dorados, pero apenas lo noto. Mi pulsera de la suerte tintinea mientras recojo el resto de mi ropa. Le dejo mis bragas sobre la cama como recordatorio de lo que está a punto de perderse si no cambia su actitud. Al fin y al cabo, se me da bien estar sola.

Pero ¿por qué duele tanto esta vez?

En la sala del torneo, Iris evita mi mirada. Se desliza entre las mesas como un fantasma, embutida en su traje gris hecho a medida, observando a otros jugadores. Profesional. Distante. Como si anoche nunca hubiera existido.

—¿Estás bien? —Prity toma asiento junto a mí, barajando unas fichas entre sus dedos—. Parece que vas a asesinar a alguien con la mirada.

Me doy cuenta de que he estado girando la misma ficha durante diez minutos, mirando fijamente la espalda de Iris.

—Estoy bien.

—Claro. Ya se nota —ironiza mientras me arrebata la ficha de la mano—. Suéltalo.

—No hay nada que soltar. Solo me concentro en el juego.

—¿Es por eso que no te has dado cuenta de que juegas en cinco minutos? ¿Contra Xavier Firch?

—¿Qué?

Levanto la cabeza de golpe. Xavier Firch ganador de numerosos torneos del circuito profesional, conocido por su juego agresivo y un ego del tamaño de los Estados Unidos. Perfecto.

—No me inscribí en esta ronda.

—No —confirma Prity—. Pero alguien lo hizo. ¿Me pregunto quién habrá sido? —ironiza, señalando hacia Leo, que me saluda con un guiño de ojo desde el otro extremo de la sala.

Y, de pronto, un plan se forma en mi mente. Si Iris quiere profesionalidad, le daré profesionalidad. Le mostraré exactamente lo que su alumna puede hacer.

—Kate —la voz de Iris corta mis pensamientos. Se coloca junto a mi mesa justo cuando estoy a punto de levantarme—. ¿Podemos hablar?

—No, lo siento, estoy a punto de jugar. No querría ser poco profesional, ya sabes.

Su mandíbula se tensa.

—No estás lista para Firch. Leo ha cometido un error.

—Supongo que lo averiguaremos muy pronto —respondo con sequedad.

Tomo mi asiento en la mesa principal, demasiado consciente de la presencia de Iris observando a unos metros de nosotros. Firch sonríe con suficiencia mientras se sienta frente a mí.

—Vaya, si es la nueva mascota de Richardson —arrastra las palabras con desprecio—. No esperaba verte en la mesa de los mayores. ¿No te queda un poco grande?

No digo nada, prefiero no responder. Si me diesen un dólar por cada vez que algún imbécil ha hecho referencia a mi edad o al hecho de que sea una mujer para intentar intimidarme durante una partida, no necesitaría jugar al póker porque sería millonaria. Simplemente apilo mis fichas con movimientos precisos. Dejo que hable. Cada una de sus palabras es información. Y la información es poder.

Las primeras manos se desarrollan con cautela. Descarto las mediocres, juego posición, todo según el libro de texto de Iris. Casi puedo sentir su tensión disminuyendo detrás de mí.

Entonces sucede. Miro un nueve-ocho del mismo palo. Una mano basura en condiciones normales. Pero Firch ha estado apostando de la misma manera durante una hora, y hay algo en su postura...

—Voy con todo.

Escucho algunos suspiros entre el público. Por el rabillo del ojo, observo a Iris dar un paso adelante, sus manos agarrando con fuerza la barandilla.

Firch me estudia, su mirada clavada en mí, aunque la sonrisa ha desaparecido de sus labios.

—No tienes nada.

Me encojo de hombros, dejando que mi pulsera de la suerte capture la luz.

—Si tú lo dices...

Los segundos pasan lentamente. Mantengo su mirada, canalizando cada lección de aquellas partidas clandestinas donde me jugaba mucho más que dinero si perdía. Cada señal que he aprendido a leer, cada farol que he tenido que hacer para sobrevivir.

Se retira.

La multitud estalla en aplausos. Volteo las cartas boca arriba, mostrando el farol, sobre todo para provocar al imbécil de Firch y los vítores crecen. A través del caos, busco a Iris con la mirada.

Me observa con algo parecido a una mezcla entre asombro y orgullo. Con una ligera sonrisa que no puede reprimir del todo.

Siento un subidón de adrenalina extraño. Sin pensar, me muevo hacia ella. La multitud se aparta, las cámaras nos enfocan, pero todo lo que veo es a Iris. Todo lo que siento es felicidad y una atracción magnética entre nosotras.

La cojo por las solapas del traje y beso sus labios con la misma pasión que la noche anterior. Y, por un momento perfecto, nada más existe. Ni la multitud, ni las cámaras, ni el pasado. Solo nosotras.

Entonces se tensa, y la realidad vuelve como un puñetazo en el estómago.

Se aparta de mí como si mi tacto quemara. El calor en sus ojos se congela, reemplazado por algo distante y frío que corta más profundo que cualquier rechazo que haya conocido.

—A mi oficina. Ahora —su voz podría congelar el Valle de la muerte.

El camino parece interminable. Las cámaras nos siguen hasta que llegamos a una sala de conferencias privada que al parecer, Leo ha contratado como su oficina temporal durante el

torneo. Cierra la puerta con una precisión controlada, cada movimiento medido.

—¿Qué coño se supone que haces?

—Jugar al póker —me apoyo contra la pared, brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva—. Ganar, de hecho. Pensé que ese era el punto.

—¿El punto? El punto es aprender disciplina, no lanzar faroles salvajes contra campeones del circuito. Y dejarte ir de ese modo después...

—¿Dejarme ir de ese modo? ¿Te refieres a cuando besé a la mujer con la que follé la noche anterior? ¿La que me dijo que era especial, que me abrazó como...

—Lo de anoche fue un error.

Las palabras me golpean más fuerte que un puñetazo.

—Un error, ya —repito, odiando el modo en que mi voz tiembla.

—Nos dejamos llevar por el momento —Iris endereza papeles en su escritorio, sin mirarme—. Fue poco profesional y no volverá a suceder. De ahora en adelante, nuestra relación será estrictamente de profesora y alumna.

Me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor de mi propia sangre.

—Claro. Porque la gran Iris Richardson no puede sentir nada real.

—Lo que yo sienta no es tu problema —sus dedos tamborilean contra el escritorio, señal de que está nerviosa—. Eres mi alumna. Soy responsable de tu desarrollo como jugadora. Cualquier otra cosa comprometería...

—Mentiras —la palabra explota dentro de mí—. Tienes miedo. La poderosa campeona de póker que puede leer a cualquiera en la mesa, pero no puede enfrentarse a sus sentimientos.

—¡Ya basta! —su voz corta como un látigo—. Entraste en una partida de élite sin autorización, nos dejaste a todos en ridículo mostrando el farol solo para cabrear a Firch y el circo mediático que creaste con lo del beso... Esto no se trata de nosotras, Kate, se trata de tu futuro como jugadora.

—¿Mi futuro? —me río, pero suena más como un sollozo—. Mi futuro no existía cuando vivía en las calles antes de encontrar el póker. Me salvó la vida. Y luego te encontré a ti, y pensé... —me detengo, tragando con dificultad—. No importa lo que pensé. Y para que lo sepas, fue Leo el que me inscribió en esa puta partida, grítale a él, imbécil.

Por un momento, algo parpadea en sus ojos; dolor, anhelo, no estoy del todo segura. Pero desaparece antes de que pueda interpretarlo.

—Kate...

—Ahórratelo —me separo de la pared—. Mensaje recibido, señorita Richardson. Todo estrictamente profesional de ahora en adelante. No cometeré ese error otra vez. A partir de ahora me follaré a cualquiera menos a ti.

Salgo de la sala antes de que pueda ver las lágrimas que ya no puedo contener por más tiempo. El pasillo se vuelve borroso mientras me dirijo al ascensor, pasando junto a curiosos y cámaras. He sobrevivido a cosas peores… mucho peores, me recuerdo a mí misma.

He sobrevivido a todo.

Pero esto se siente de algún modo diferente. Se siente como perder algo que nunca supe que quería hasta que lo tuve entre mis manos.

Horas más tarde, estoy de pie en el balcón de mi hotel, observando cómo las luces de Las Vegas pintan patrones en el cielo. Mi pulsera de la suerte tintinea, cada amuleto un recordatorio de las veces que me he levantado y seguido adelante.

—Concéntrate en el juego —susurro al aire nocturno—. Eso es todo lo que importa

ahora.

Abajo, una pareja ríe, se tambalea, seguramente borracha a lo largo del Strip. Se detienen para besarse bajo las luces de neón, perdidos en su propio mundo. Me doy la vuelta, incapaz de mirar.

Mi teléfono vibra; un mensaje de Prity, preguntando si estoy bien. Lo ignoro. Otro de Leo felicitándome por la victoria. También lo ignoro.

Saco mi baraja de cartas, la que he llevado desde aquellas primeras partidas en refugios para personas sin hogar y callejones oscuros. Los bordes están desgastados por innumerables manos jugadas para sobrevivir. Igual que yo misma.

Pero mientras la barajo una y otra vez, todo en lo que puedo pensar es en la forma en que Iris me miró antes de que la realidad volviese a golpearme con fuerza. Como si yo fuera todo lo que deseaba y todo lo que temía al mismo tiempo.

Y me pregunto si algunas manos son imposibles de ganar, sin importar lo bien que las juegues.

Capítulo 7

Iris

El zumbido del motor del avión se funde con el torbellino de mis pensamientos. Kate se sienta tres filas adelante, junto a Prity. Su cabello rubio capta los rayos de sol que se filtran a través de la ventanilla. Observo cómo juguetea con su pulsera de la suerte; un hábito nervioso que he memorizado contra mi voluntad. Al igual que he memorizado el pequeño tatuaje de dragón que se asoma cuando levanta los brazos, o la forma en que sus ojos se arrugan cuando sonríe.

Meneo la cabeza y me obligo a concentrarme en otra cosa.

—¿Café? —La voz de la azafata me sobresalta.

—Negro —necesito algo amargo que complemente mi estado de ánimo. Algo que borre el sabor de los labios de Kate que aún persiste desde Las Vegas.

Leo se desliza en el asiento vacío a mi lado, el familiar aroma de su colonia me avisa de que es él antes de que pueda verle.

—Si sigues mirando esos papeles con tanta intensidad, podrían incendiarse.

—Estoy trabajando.

—Te estás escondiendo. Como lo has estado haciendo desde que ese beso se hizo viral en todas las cuentas de póquer de Twitter o Instagram.

El recuerdo me golpea como si me atropellase un camión. Kate corriendo a mis brazos, el destello de los flashes, su expresión triste cuando la aparté.

—Mantengo los límites apropiados con una estudiante.

—¿Así es como lo llamas ahora? —Pregunta, alzando las cejas—. Porque las fotos que circulan por internet cuentan una historia diferente. El beso, antes de que entrases en pánico, era muy real. Sin mencionar los rumores...

—¿Qué fotos? ¿Qué rumores?

Saca su teléfono y me muestra varias tomas del torneo. La victoria de Kate. Nuestro beso. La forma en que la miraba mientras jugaba, como si fuese una adolescente enamorada, como si fuese todo lo que siempre he temido desear.

—Borra esas fotos.

—Internet no funciona así, Iris —explica, encogiéndose de hombros y guardando su teléfono en el bolsillo—. ¿Quieres contarme qué pasó realmente en Las Vegas? Y no me vengas con eso de que 'no pasó nada'. Te conozco bien.

—Es que no pasó nada —miento—. Ganó una partida importante y se emocionó. Las cámaras captaron un momento que no significó nada.

—Nada, ya. ¿Es por eso que apenas te puedes concentrar? ¿Por lo que te estremeces cada vez que alguien menciona su nombre? ¿Por lo que estás leyendo el mismo formulario de solicitud por quinta vez?

Bajo la mirada, avergonzada al darme cuenta de que tiene razón.

—Déjalo, Leo.

Me estudia por un largo momento, en silencio.

—¿Sabes? A veces, las apuestas más aterradoras tienen las mayores recompensas.

—Y a veces destruyen todo lo que has construido. La reputación de la academia...

—Al diablo con la reputación de la academia. No veo cómo le va a afectar si las dos sois mujeres adultas. ¿Qué hay de tu felicidad, Iris? —insiste.

—Mi felicidad no es relevante.

—Lo es para mí. Y para ella —agrega, señalando con la barbilla hacia Kate—. ¿Crees que no veo cómo te mira? ¿Cómo la miras tú cuando crees que nadie te está observando?

***

A la mañana siguiente, en la sala de práctica de la academia, observo a Kate jugar contra Prity y algunos de mis mejores alumnos. Su estilo ha evolucionado. Algo más controlado, pero aún audaz. Aún hermoso. Aún únicamente suyo. Aparto ese pensamiento, junto con el recuerdo de cómo sus manos se deslizaban sobre mi piel desnuda.

—El tamaño de las apuestas es descuidado —anuncio, manteniendo un tono de voz neutro. Profesional. Distante—. Estás revelando tus cartas con aumentos inconsistentes.

Kate tensa ligerísimamente los hombros. Un pequeño gesto que desearía no reconocer.

—Gané la mano. Eso es lo que importa, ¿no?

—Por suerte, no por habilidad. Tu apuesta fue amateur en el mejor de los casos.

La sala queda en silencio. Los estudiantes fingen concentrarse en sus propias partidas, pero siento su atención sobre nosotras, nos miran de reojo.

—¿Amateur? —Su voz sube ligeramente—. Utilicé la ventaja de posición y detecté un patrón en su respiración...

—Si no puedes aceptar críticas, quizás no estás lista para jugar en torneos importantes —las palabras salen más crueles de lo que pretendía, hiriéndonos a ambas.

—Tal vez no estoy lista para muchas cosas —admite en voz baja—. ¿Es eso lo que quieres oír?

—Lo que yo quiera es irrelevante. Concéntrate en tu técnica.

Me alejo antes de que pueda responder, antes de que alguien pueda ver cómo mis manos tiemblan. En mi oficina, me agarro al borde del escritorio, intentando estabilizarme. Intentando olvidar cómo las manos de Kate temblaban justo así cuando me tocó por primera vez.

—Eso fue cruel —indica Leo desde la puerta.

—Fue necesario.

—¿Lo fue? —Inquiere, cerrando la puerta—. ¿O fue más fácil que admitir que te estás enamorando de esa chica?

—Joder, Leo, te lo repito por última vez. En Las Vegas no pasó nada de nada entre nosotras —pero mis palabras suenan vacías, como si fuesen un farol malo que sigo intentando vender.

—Claro —suspira, sentándose en la silla frente a mí—. Los rumores ya se están esparciendo, Iris.

—¿Qué rumores?

—Que Kate pasó una noche en tu habitación. Que está recibiendo un trato especial. Que no es la primera vez que cruzas esa línea con una estudiante...

—Basta —gruño, presionando los dedos contra mis sienes. La última acusación duele demasiado —. Fue un beso, captado por las cámaras fruto de la alegría. Un error que no se repetirá.

—¿Un error? —repite mientras se inclina hacia adelante—. ¿Cuándo fue la última vez que sonreíste antes de que Kate llegase a la academia? ¿Cuándo fue la última vez que jugaste al póquer por el placer de jugar en lugar del deber? Joder, Iris, ¿cuándo fue la última

vez que dejaste que alguien viera más allá de esos muros que construiste tras el escándalo?

—Es mi estudiante —protesto.

—En estos momentos es tu igual, y lo sabes. Eso es lo que te aterroriza.

Esa noche, rechazo la invitación de Leo para cenar, ignoro sus mensajes de preocupación. En su lugar, me siento en el balcón de mi apartamento con una copa de vino, observando las luces de la ciudad desdibujarse a través de mis ojos humedecidos. El horizonte de Nueva York se extiende infinito y brillante, pero todo lo que veo es Las Vegas. Todo lo que siento es Kate.

Mi teléfono muestra un nuevo artículo sobre el torneo. "La estrella emergente Kate Malone hace un movimiento audaz en el Clásico de Las Vegas". La foto la muestra en la mesa final, confiada y radiante. Hermosa de una manera que me hace temblar.

Apago el teléfono antes de poder torturarme más, pero mis pensamientos regresan a Las Vegas sin que pueda evitarlo. A cómo se sentía tenerla entre mis brazos, a las confesiones susurradas en la oscuridad. A lo perfecto que parecía todo antes de que el miedo se apoderase de mí.

—Aprendí a jugar en albergues para personas sin hogar —me dijo aquella noche mientras trazaba patrones alrededor de sus pezones—. Las cartas eran lo único constante en mi vida. Hasta ahora. Hasta que llegaste tú.

El recuerdo de su voz rompe algo dentro de mí y me sirvo una nueva copa de vino, intentando ahogarlo a base de alcohol.

Sería tan fácil llamarla, intentar explicar. Decirle que cada crítica que hice hoy estaba realmente dirigida a mí misma, a mi propia debilidad por dejarla acercarse tanto.

Desbloqueo la pantalla y busco su número. Una llamada podría cambiarlo todo. Una llamada podría cerrar este abismo que he creado entre nosotras.

O podría destruirnos por completo.

Capítulo 8

Kate

—¡Te juro que me está volviendo loca! —me quejo, golpeando mi taza de café contra la mesa con más fuerza de la que pretendía y haciendo que Prity se sobresalte—. Un minuto me mira como si me estuviese desnudando y al siguiente es la jodida reina del hielo. Como si Las Vegas nunca hubiera existido.

Estamos acurrucadas en un rincón de nuestra cafetería favorita cerca de la academia. El mismo lugar donde solía observar a Iris pedir su café bien cargado de la mañana, antes de que todo se complicase y se fuese a la mierda.

—Tal vez eso es exactamente lo que quiere, fingir que Las Vegas nunca sucedió —sugiere Prity, removiendo su chai latte—. Algunas personas no pueden manejar el sentimiento de salir de su zona de confort.

—Entonces no debería haberme follado —suspiro—. Y si para ella era tan solo sexo, no debería haberme dicho todas esas cosas bonitas que me susurraba al oído por la noche.

—¿Qué te dijo exactamente?

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

—Hay confianza entre nosotras.

—Que era especial. Que nunca había conocido a alguien como yo. Que la hacía sentir... —me detengo, tragando saliva—. Bueno, ese tipo de cosas, ya sabes. Ahora ya no importa.

—Sí que importa. Claramente sí importa —replica Prity cogiendo mis manos entre las suyas—. Se está aprovechando de ti, Kate.

—No soy una adolescente enamorada.

—No, eres aún peor. Eres una romántica pretendiendo ser una mujer dura —indica apretando mis manos de nuevo—. Vamos, salgamos de aquí. Mi chai está ya frío y parece que tú necesitas algo más fuerte que un café.

En mi apartamento, Prity se dirige directamente a la cocina, sacando la botella de vodka que guardo para emergencias.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—¿Además de enamorarme de mi profesora que es emocionalmente inestable?

—Estás demasiado dispuesta a conformarte con migajas —expone, sirviendo dos chupitos de vodka—. Alguien te muestra un destello de amor y te aferras a él porque no estás acostumbrada a recibir el plato completo.

El vodka quema al tragarlo, pero no tanto como la verdad que hay en sus palabras.

—Eso no es justo.

—¿No lo es? —Inquiere mientras se acerca más, con una expresión extraña en los ojos—. Kate, eres preciosa, llena de talento, apasionada. Podrías tener a quien tú quisieras. En cambio, suspiras por alguien que ni siquiera puede admitir lo que desea.

Aparta un mechón de pelo de mi cara, y mi respiración se acelera. Sus dedos se deslizan por mi mejilla, y de repente, estamos mucho más cerca que antes.

—Podrías estar con alguien que no tenga miedo de desearte —sisea antes de besar mis labios.

El primer beso es tentativo, casi como una interrogación. El segundo no lo es. Los labios

de Prity saben a chai y a una pasión que no puede ocultar. Sube mi camiseta hacia arriba mientras la empujo contra la encimera de la cocina, alcanzando mis pechos por debajo de mi sujetador al tiempo que profundizamos en el beso.

—Kate —suspira contra mi boca, y por un momento me permito perderme en esto. En la simplicidad de ser deseada sin complicaciones.

Su dedo pulgar juega con mi pezón, endureciéndolo, enviando corrientes eléctricas por todo mi cuerpo, trazando patrones en mi piel que me hacen estremecer. Enredo mis manos en su largo cabello oscuro, disfrutando de sus suaves suspiros. Sería tan fácil continuar, perderme en esto y olvidarme de Iris.

Pero es a Iris a quien veo tras mis párpados cerrados. Es en Iris en quien pienso mientras uno de los dedos de Prity se desliza por mi sexo.

—Espera, por favor —susurro mientras me aparto y apoyo mi frente contra la suya—. No podemos.

—¿Por ella? —pregunta, chupando el dedo que acaba de estar dentro de mí.

No hay juicio en su voz, solo comprensión.

—Porque mereces algo mejor que ser la distracción de alguien —admito mientras me paso una mano por mi pelo, todavía temblando y con un deseo entre las piernas imposible de ignorar—. Y porque eres una de las mejores amigas que he tenido jamás. No puedo arriesgar eso.

Ríe suavemente, arreglándose la ropa con la palma de las manos.

—Realmente eres una romántica empedernida bajo toda esa fachada de chica dura.

—Si se lo dices a alguien, lo negaré —bromeo.

—Tu secreto está a salvo conmigo —murmura mientras sirve otro trago de vodka para cada una—. Pero Kate...

—¿Sí?

—Tú también mereces algo mejor. Recuérdalo la próxima vez que Iris juegue contigo sin decidirse. Y, solo para que lo sepas, nuestra amistad no iba a cambiar si lo hacemos. Y ahora me voy a tener que ir al baño a terminar porque no me puedo quedar así —añade con un guiño de ojo.

—Disfruta —bromeo.

Me tomo el tequila de un trago, dejando que queme el sabor de lo que podría haber sido mientras trato de no escuchar los suaves gemidos de Prity a través de la puerta cerrada.

—¿Te has quedado mejor? —ironizo, sirviendo un nuevo chupito de vodka.

—Creo que es hora de que le envíes un mensaje más claro. Muéstrale lo que se está perdiendo. Haz que se lo gane si de verdad te quiere. Y, si no… mierda, iba a decirte que me tienes aquí, pero creo que he bebido demasiado.

—Eres malvada. Me gusta.

—Por eso somos amigas —me recuerda, levantando su chupito para un brindis—. Por no conformarnos con las migajas.

Brindamos, e intento ignorar cómo mi mano tiembla ligeramente. Mañana veré a Iris de nuevo, y toda mi determinación se pondrá a prueba. Pero esta noche, me permito creer que soy lo suficientemente fuerte para exigir más que retazos de afecto.

Esta noche, me permito creer que merezco el plato completo.

***

A la mañana siguiente en la academia, mantengo la cabeza alta y la mirada al frente. Mi nuevo mantra resuena con cada paso. No te conformes con migajas. No te conformes con

migajas.

—Kate —Iris me llama desde la puerta de su despacho—. Tu técnica ha mejorado.

—Gracias —paso junto a ella sin hacer contacto visual, ignorando el tenue aroma de su perfume que aún hace que mi corazón se acelere. Consciente de que su mirada está clavada en mi escote.

Durante la clase, siento sus ojos sobre mí, pero me concentro en las cartas. Cuando se acerca a mi mesa, mantengo las respuestas profesionales y breves. Sin bromas, sin desafíos, sin nuestra chispa habitual.

—Jugada interesante —comenta después de que gano una mano compleja—. Aunque quizás un poco agresiva.

—La apuesta cumplió su objetivo —respondo, apilando mis fichas sin levantar la vista.

—Aun así, si hubieras...

—Estoy segura de que hay otros estudiantes que necesitan su atención, señorita Richardson —corto con un tono de voz lo más borde posible.

El sonido de su título formal da en el blanco. Se tensa, sus ojos verdes se nublan con algo que podría ser dolor. Bien. Que sienta una fracción de lo que yo he estado sintiendo.

Después de las clases, mientras recojo las cosas, me llama de nuevo.

—Kate, ¿podrías quedarte un momento?

Cada instinto grita que me niegue, que proteja mi corazón. La academia comienza a quedarse vacía y Prity me lanza una mirada de advertencia.

—Claro —me escucho decir y camino como una idiota hacia la trampa.

En su despacho, el sol del atardecer lo pinta todo de dorado y me recuerda a Las Vegas. O quizá es que todo me recuerda a Las Vegas. En cualquier caso, son memorias de promesas susurradas en la oscuridad, desnudas en su cama, que no significaron nada a la luz del día.

—Me has estado evitando —indica, cerrando la puerta.

—He estado concentrada en mi juego. ¿No es eso lo que querías?

—Kate —da un paso más cerca y mi corazón se acelera—. Sobre Las Vegas...

—No —retrocedo—. No necesitamos repasar tus arrepentimientos.

—¿Mis arrepentimientos? —Otro paso más—. ¿Es eso lo que piensas?

—¿Qué más debo pensar? Dejaste bastante claro que fue un error. Si tienes necesidades, tienes un baño privado y deditos, ¿verdad? Pues ya sabes —ironizo, haciendo un gesto con los dedos.

—El error fue alejarte —admite de pronto y mi corazón se detiene.

Mierda.

Antes de que pueda procesar esas palabras, nos estamos besando. Su lengua busca la mía con una necesidad desesperada, acuna mi rostro como si fuese algo precioso. Por un momento, me permito creer que es verdad. Me permito derretirme en sus caricias, saborear su deseo, sentir su corazón latiendo contra el mío. Sentir la humedad en mi sexo.

Luego se aparta bruscamente.

—No debería haber hecho eso.

—¿Tú eres gilipollas o qué coño te ocurre? —protesto sin comprender nada.

—Es complicado...

—No, no lo es. O me quieres o no. O eres lo suficientemente valiente para intentar esto o no lo eres. Pero estoy harta de tus gilipolleces. ¿Lo entiendes? Harta —repito para que la palabra cale en su mente.

—Necesito tiempo...

—¿Tiempo? Y yo necesito a una mujer de verdad, no a una niña asustadiza a pesar de sus 36 años. ¿Tiempo para qué? ¿Para inventar más excusas? ¿Para encontrar nuevas formas de romperme el corazón? ¡Vete a la mierda, guapa!

—Eso no es justo.

—¿Quieres hablar de lo que es justo? ¿Era justo hacerme sentir especial, dejarme pensar que significaba algo para ti, y luego tratarme como si fuese un error? ¿Era justo besarme ahora cuando aún tienes demasiado miedo para admitir lo que quieres?

—Kate, por favor...

—No. Estoy harta de ser tu sucio secretito. Harta de esperar que superes lo que sea que es esto. ¿Sabes qué? Hay muchas mujeres que estarían orgullosas de estar conmigo. Que no ocultarían lo que sienten ni me apartarían la mañana siguiente.

Su rostro palidece.

—¿De eso se trata? ¿De seguir adelante con alguien más?

—Tal vez debería —respondo alzando la voz mientras me muevo hacia la puerta, intentando escapar antes de que me vea llorar—. Quizá lo haga, quizá salga esta noche de fiesta y me folle en los baños de una discoteca a la primera que me diga algo bonito. Al menos así me lo pasaría bien. Mucho mejor que estar con una jodida inmadura como tú.

—No, Kate —sus palabra salen casi estranguladas de su garganta—. Por favor.

Me detengo con la mano en el pomo, dándole una última oportunidad.

—Entonces dime qué quieres, Iris. Sin más juegos. Sin más excusas. Dilo de una puta vez.

De nuevo silencio.

—Ya, eso me imaginaba. Que tengas suerte, señorita Richardson.

Salgo corriendo antes de que pueda responder, las lágrimas finalmente rodando por mis mejillas. Detrás de mí, escucho algo estrellarse, tal vez tiró uno de sus trofeos al suelo. No me pienso girar para averiguarlo.

En el pasillo, casi choco con Leo. Me observa extrañado, empieza a hablar, pero también le aparto.

Que la consuele él. Que sea testigo del desastre que ha hecho con nuestros corazones.

Estoy harta de conformarme con migajas.

Capítulo 9

Iris

—No, no, no. Absolutamente no —responde Kate, su voz elevándose por encima del bullicio matutino de la cafetería—. Ya estoy harta de tus señales confusas. Te lo he dicho, o te centras con lo que de verdad quieres, o ya puedes ir olvidándote de mí.

Rodeo mi taza de café con más fuerza, consciente de las miradas curiosas de otros clientes cuando ha levantado la voz—. Solo una cena. Una hora de tu tiempo, por favor —insisto.

—¿Quieres decir como en Las Vegas? Una noche, me follas y te olvidas de que existo. ¿Es eso lo que quieres? —me clava la mirada y esos preciosos ojos azules destellan dolor y rabia—. Lo que dije ayer en tu despacho iba totalmente en serio, Iris. Ya no quiero ser tu sucio secretito. Estoy cansada. Ya eres mayorcita para ese tipo de cosas, ¿no crees?

—Por favor —la palabra sale más suave de lo que pretendía—. Déjame que te explique.

Kate juguetea con su pulsera de la suerte. Está cediendo, al menos dudando. O eso quiero creer.

—Una hora —repito—. Te invito a cenar. Después de eso, si no quieres saber nada más de mí, respetaré tu decisión.

—Vale —accede, levantándose y recogiendo sus cosas—. Pero nada de sitios elegantes donde puedas esconderte detrás de los buenos modales. Mi barrio, mi elección de restaurante.

Esa misma noche, nos reunimos en un diminuto restaurante italiano en la zona de Brooklyn, lejos de mis lugares habituales. Los manteles a cuadros y las velas colocadas en botellas de vino crean una intimidad para la que no estoy preparada.

Kate se sienta frente a mí, ni siquiera se ha quitado su chaqueta de cuero desgastada, el pelo rubio suelto sobre los hombros. Hermosa de una manera que consigue dejarme sin aliento.

—¡Habla! —Indica en cuanto me siento, haciendo un gesto con la barbilla, como una exigencia.

—Lo siento —suspiro, aunque mis palabras suenan inadecuadas—. Lo siento por Las Vegas, por ayer, por todo. Dejé que el miedo dictara mis acciones.

—¿Miedo a qué? ¿A qué coño tienes miedo, Iris? ¿A que arruine tu preciosa reputación?

—Miedo a que la historia se repita —respondo y me obligo a mantener su mirada—. El escándalo que acabó con mi carrera como jugadora... no fue solo por supuestas trampas. Hubo rumores sobre mí y otra jugadora. Acusaciones de que había usado nuestra relación para obtener información privilegiada.

La expresión de Kate se suaviza ligeramente al escucharme.

—Pero eso no era verdad, ¿no?

—No, pero, a veces, la verdad no importa tanto una vez que la gente comienza a hablar. Ella lo negó todo, dijo que nunca estuvimos involucradas. De hecho, creo que fue ella quien me utilizó a mí y no al revés. Mi carrera se acabó, y yo aprendí de la peor manera que mezclar el póker y el romance era peligroso.

—Yo no soy ella.

—Lo sé —confieso, extendiendo la mano por encima de la mesa para cubrir la suya, conteniendo un suspiro de alivio cuando no la aparta—. No te pareces en nada a ella. Eres honesta, apasionada, auténtica. Eso es lo que me aterra.

El camarero llega con nuestra comida, forzando una pausa en la conversación. Kate enrolla la pasta en su tenedor, lentamente, pensativa.

—¿Entonces qué estás diciendo? No lo comprendo —pregunta confusa—. ¿Pretendes decirme que quieres intentar esto de verdad?

—Sí —admito con un susurro—. Pero...

—¡Joder! Siempre hay un "pero" contigo.

—Pero creo que deberíamos mantener las cosas en privado por ahora. Solo hasta después de las Series Mundiales de póker —me apresuro a aclarar antes de que pueda protestar—. No porque me avergüence de ti, no es eso en absoluto, sino porque no quiero que nadie cuestione tus victorias y mucho menos que se convierta en una distracción en cuanto la prensa se entere. Debes estar completamente concentrada, ese torneo es… bueno, ya lo sabes, te enfrentarás a la élite absoluta del póker. A los mejores de los mejores.

La mandíbula de Kate se tensa al escucharme.

—Quieres decir que si me eliminan en la primera ronda, no quieres que nadie cuestione tu juicio al elegirme y apoyarme —espeta de golpe.

—No es eso.

—Es práctico —me lo dice como una acusación—. Muy propio de ti.

—Kate...

—No, lo entiendo —replica, dejando el tenedor sobre el plato—. Quieres preparar la tarta y comértela también. Mantener tu inmaculada reputación mientras consigues lo que quieres a puerta cerrada. En plan, desde fuera solo soy tu alumna, pero en tu habitación me puedes follar. Muy bien. Me estás dejando muy claro qué tipo de persona eres.

—Eso no es justo.

—Pero es preciso, ¿verdad? —insiste mientras se recuesta sobre la silla, estudiándome—. ¿Entonces qué me estás ofreciendo exactamente? ¿Citas secretas? ¿Escondernos como adolescentes? Porque recuerdas que tienes 36 años, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que vuelvas a entrar en pánico y me alejes de ti?

—No lo haré. Lo prometo.

—Tus promesas no tienen el mejor historial. Dime una cosa, ¿de verdad te crees tan buena en la cama como para que acepte esas condiciones sin pestañear? Joder, Iris, que si quiero sexo no tengo problema en conseguirlo, ¿lo sabes?

—Lo sé, y ya te he dicho que no es por eso —me defiendo.

—Sigo sin creerte.

—Entonces deja que te lo demuestre —murmuro, inclinándome hacia delante—. Dame la oportunidad de mostrarte lo que de veras significas para mí.

Se queda callada por un largo momento, sus dedos jugando de nuevo con su pulsera.

—Con una condición —dice finalmente.

—La que sea.

—El momento, el segundo en que empieces a alejarte otra vez, se acabó. No hay más oportunidades. Eso es definitivo, ¿lo entiendes?

—De acuerdo.

—Y esto de la privacidad tiene fecha de caducidad. Después de las Series Mundiales, no hay más secretos. O lo hacemos público o me pierdes también —agrega, señalando con el

dedo.

—Después de las Series Mundiales —asiento.

—Todavía creo que es una mala idea —confiesa, pero sus labios se curvan ligeramente en una preciosa sonrisa—. Probablemente, volverás a romperme el corazón. Soy gilipollas.

—No lo haré —le aseguro, cogiendo de nuevo su mano y apretando suavemente—. Sé que no merezco otra oportunidad, pero te la estoy pidiendo de todos modos.

—Mañana por la noche —dice después de una pausa—. Cocina conmigo en mi casa. Demuéstrame que esto no es solo otra ronda de póker donde estás cubriendo tus apuestas.

—Mañana por la noche —repito.

Mientras terminamos nuestra cena, la tensión se alivia de manera lenta. Kate incluso se ríe en un momento dado. Pero sé que las preguntas persisten en su cabeza.

¿Realmente puedo darle lo que necesita? ¿O estoy preparándonos a ambas para una caída aún más dura?

Capítulo 10

Iris

La noche siguiente, la ciudad de Nueva York nos envuelve en su magia particular. Las farolas proyectan charcos dorados de luz mientras caminamos por Brooklyn, nuestras manos rozándose, pero sin llegar a entrelazarse.

—Esta es mi hora favorita del día —susurra Kate, inclinando su rostro hacia el cielo para atrapar los últimos rayos del atardecer—. Cuando la ciudad no puede decidir si es de día o de noche.

Observo cómo la luz juega con sus facciones, memorizando cada detalle.

—Cuéntame más sobre tu Nueva York.

Me guía por calles tranquilas, señalando sus lugares preferidos. Un patio oculto, rebosante de flores silvestres. Una pequeña librería que permanece abierta hasta la medianoche. La escalera de incendios donde a veces se sienta para ver las tormentas acercarse.

—Y aquí —se detiene en un pequeño mercado—, es donde conseguiremos los mejores ingredientes para la cena.

Dentro, Kate se mueve con familiar confianza, seleccionando albahaca fresca, tomates maduros, ajo. Sus dedos rozan los míos mientras me pasa un pimiento para que lo examine y mi corazón se salta varios latidos.

—¿Confías en mí para cocinar? —pregunto, siguiéndola por los estrechos pasillos de la tienda.

—Confío en que seguirás mis instrucciones —replica y sonríe, la primera sonrisa genuina que he visto desde que regresamos de Las Vegas—. Piensa en ello como en el póker: cada movimiento importa, el tiempo lo es todo —añade con un guiño de ojo.

Ya en su apartamento, la música llena el pequeño espacio, rock clásico, por supuesto. Kate se ata un delantal a la cintura y me entrega otro.

—Primera lección —anuncia—, técnica apropiada de cuchillo para la albahaca.

Se coloca detrás de mí, sus brazos rodeándome para guiar mis manos. Su aliento me hace cosquillas en el cuello mientras me muestra cómo enrollar las hojas.

—Suave —murmura junto a mi oído, consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca —. Deja que el cuchillo haga el trabajo.

La simplicidad y a la vez perfección del momento es abrumadora: el calor de su cuerpo en mi espalda, el aroma de los ingredientes y las especias, el magistral solo de guitarra que suena en los altavoces. Esto es lo que me ha estado asustando desde el principio. Esta sensación de sentirme atrapada.

Trabajamos juntas, moviéndonos por su pequeña cocina como si lo hubiéramos hecho cien veces. Kate me enseña el secreto de su abuela para la salsa marinara perfecta. Yo le cuento sobre aprender a cocinar en la universidad, todos mis desastres y triunfos.

—Prueba esto —indica, sosteniendo una cuchara con salsa.

Cuando me inclino, deliberadamente la desvía de mi boca, dejando una mancha roja en mi barbilla y su risa resuena en la cocina como pura magia.

—Lo hiciste a propósito.

—Tal vez —admite, encogiéndose de hombros—. Deja que te lo limpie.

Pero no utiliza un trapo ni una servilleta. Se acerca a mí y lame mi barbilla, la muerde con suavidad y a continuación, me regala un beso perfecto.

—La salsa se va a quemar —susurra, pero no hace ningún movimiento para alejarse.

—Que se queme.

Más tarde, mucho más tarde, yacemos enredadas entre sus sábanas. La luz de la luna se derrama por la ventana, pintando patrones plateados en su piel desnuda. Trazo sus tatuajes con la punta de los dedos: el dragón en su antebrazo, las cartas de juego en sus costillas, la rosa de los vientos en su cadera.

—Eso hace cosquillas —murmura, acercándose más a mí para besarme.

Beso cada marca, aprendiendo su cuerpo como un nuevo idioma. Se estremece cuando encuentro puntos sensibles, jadea cuando le doy algún pequeño mordisco.

—Iris —suspira y mi nombre se convierte casi en una oración en sus labios—. Sabes que me excitan demasiado esos mordiscos. Te estás aprovechando.

Su cuerpo se arquea debajo de mí, toda esa energía feroz concentrada en pura sensación. Me tomo mi tiempo en hacer el amor, saboreando, acariciando, memorizando cada respuesta. Cuando se deshace en un intenso orgasmo, cubro su rostro con pequeños besos, acariciando su pómulo con mi dedo pulgar.

—Quédate esta noche —susurra después, acurrucada contra mi pecho—. Por favor.

La abrazo más fuerte, respirando el aroma de su champú, sintiendo su corazón ralentizarse contra el mío. Se duerme así, confiada y vulnerable de una manera que me rompe el corazón.

En la oscuridad, viéndola dormir, la verdad me golpea como si fuese un martillo.

Estoy perdidamente enamorada.

Normalmente, estaría aterrorizada. En cambio, se siente como algo inevitable, como la carta final de una partida perfecta, revelando una mano que sabía que vendría desde el principio.

Pero no me atrevo a decírselo. No todavía. No cuando aún nuestra relación es tan frágil, cuando un movimiento en falso podría destruirlo todo.

Así que la abrazo más fuerte y susurro las palabras en su pelo mientras duerme, donde no puede oírlas, donde no pueden herirnos.

—Me estoy enamorando de ti, Kate Malone.

Se mueve ligeramente, murmura algo en sueños, y me quedo inmóvil. Pero solo se acurruca más cerca de mí, y una de sus manos se curva posesivamente alrededor de mi cintura.

Mañana tendremos que enfrentarnos de nuevo a la realidad. Tendremos que fingir que no somos nada más que profesora y alumna. Tendremos que navegar las dificultades de nuestro romance secreto.

Pero esta noche, en la oscuridad, me permito imaginar un futuro donde soy lo suficientemente valiente como para amarla a la luz del día sin importar lo que otros opinen de mí.

Capítulo 11

Kate

—Una técnica perfecta —la voz de Iris resuena por la sala de prácticas, profesional y distante—. Observad cómo la señorita Malone mantiene la ventaja de posición.

Me trago una respuesta sobre otras ventajas que preferiría mantener. Dos semanas. Han pasado dos semanas de momentos robados y caricias secretas a escondidas que me han dejado el alma en carne viva. Anoche, cuando el resto de los alumnos abandonó la academia y yo permanecí escondida en el baño, Iris me hizo el amor en su despacho hasta casi perder el sentido. Más tarde, mi boca se perdió en su sexo más tiempo del que puedo recordar.

Hoy, ni siquiera me mira a los ojos.

—Muchas gracias, señorita Richardson —replico con sequedad.

Prity me lanza una mirada extraña y pone los ojos en blanco. Es la única que sabe lo que ocurre entre nosotras, la única testigo de mi creciente frustración con esta doble vida que no me lleva a ninguna parte, tan solo a la desesperación.

Después de las clases, me quedo hasta que la sala se vacía. Iris continúa ordenando papeles en su escritorio, toda profesionalismo y perfección.

—¿En serio? ¿Lo de señorita Malone? —protesto mientras me siento sobre su mesa—. ¿Después de lo que hicimos sobre esta misma superficie ayer? ¿Después de que te tumbases en ella y te abrieras de piernas hasta correrte?

—Kate, alguien podría escucharte. ¿Te has vuelto loca?

—¿Y eso sería tan terrible? —me quejo, cogiendo sus manos entre las mías—. ¿Se acabaría el mundo si se sabe que estamos follando? No puedo más con esta situación, Iris.

Entrelaza sus dedos con los míos, pero su mirada se desvía hacia la puerta, siempre preocupada de si puede vernos alguien.

—Ya hablamos de esto. Después de las series Mundiales...

—Eso es dentro de dos meses. Dos jodidos meses, Iris —gruño, apartándome de ella y pasándome una mano por el pelo—. Mientras tanto, cada día tengo que verte fingir que no existo para ti, excepto como tu alumna.

—Sabes que eso no es cierto —se queja al tiempo que intenta alcanzarme, pero me alejo de ella—. Cuando estamos solas...

—Cuando estamos solas, no puedes mantener tus manos lejos de mí. Pero en público, bien podría ser un mueble más, porque no te importo una mierda.

—Intento protegerte.

—¿Protegerme de qué, iris? ¿De rumores? A mí no me importan los rumores. De igual modo, tampoco serían rumores porque sería verdad —insisto con una risa nerviosa—. ¿Y sabes qué? Noticia de última hora: esos rumores que tanto temes ya están circulando. Xavier Firch se encargó de eso.

Su mandíbula se tensa al oír el nombre.

—¿Qué dijo?

—Nada que valga la pena repetir —bufo, cogiendo mi bolso—. Nos vemos en el torneo de Atlantic City. A menos que eso sea demasiado público para ti.

***

El hotel del torneo resplandece con el glamour propio de este tipo de eventos. Las arañas de cristal proyectan luz de arcoíris sobre el salón donde se celebra el cóctel de presentación, consiguiendo que todos parezcan más elegantes de lo que en realidad son.

—Deja de moverte tanto —protesta Prity mientras me entrega una copa de champán—. Estás preciosa.

Me aliso el vestido negro por enésima vez.

—Odio estas cosas. ¿De verdad son necesarias?

—Mentirosa. Odias que Iris esté al otro lado de la sala, fingiendo que apenas te conoce o intentando no devorarte con la mirada.

Tiene razón. Iris organiza este evento y se mantiene alejada con los oficiales del torneo, deslumbrante en un traje verde que hace juego con sus ojos. Cada pocos minutos, su mirada encuentra la mía, puedo ver el deseo en su interior, pero ya estoy harta. Esta noche no seré para ella; si tiene ganas, ya sabe lo que puede hacer.

—Señoritas —la voz de Xavier Firch corta el ambiente mientras se dirige a Prity y a mí. Pretende ser un don Juan y no pasa de ser un imbécil—. Es una gran mejora respecto a las partidas clandestinas a las que estás acostumbrada, ¿no es así, Malone?

Me giro lentamente hacia él, meditando la respuesta y manteniendo la calma ante su provocación.

—¿Celoso, Xavier? Oí que perdiste unos cuantos puestos en el ranking.

Intenta sonreír, pero se tensa.

—Solo me preguntaba cómo una jugadora callejera puede permitirse pagar las inscripciones a este tipo de torneos o que la inviten. A menos que... —Mira hacia Iris haciendo una mueca—. Las clases privadas deben pagar bien.

—¿Qué insinúas?

—Solo que algunas estudiantes reciben... atención especial, ya sabemos cómo funciona. No eres la primera alumna a la que apoya para acostarse con ella, ni serás la última —se inclina más cerca—. Solo eres un juguete roto. Te follará durante un tiempo y cuando se canse de ti pasará a la siguiente, así que disfruta de tus días de gloria porque pronto se acabarán.

Antes de que pueda responder, una voz familiar corta la conversación.

—¿Hay algún problema por aquí?

Iris aparece detrás de nosotras, sus ojos verdes clavados en Xavier Firch. Su mano derecha, acariciando la parte baja de mi espalda, posesiva.

—Ningún problema —la sonrisa de Xavier se hace más amplia, aunque veo que está tenso—. Solo discutíamos métodos de juego.

—Entonces déjame enseñarte algo, Xavier —la voz de Iris es tan fría que podría congelar el mismísimo infierno—. Kate Malone tiene más talento natural del que tú tendrás jamás. Se ha ganado cada victoria con trabajo duro, no con conexiones o el dinero de papá.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma? ¿Mientras te la follas o más tarde?

—En realidad —interrumpe Iris—, me digo a mí misma lo afortunada que soy por estar junto a alguien como Kate.

Justo en ese instante, me gira hacia ella y me besa. No un beso suave o cariñoso, sino uno profundo y posesivo que hace que los dedos de mis pies se curven. Acuna mi rostro entre las manos como si fuese lo más precioso que ha visto, como si lo fuera todo para ella.

La sala se queda en silencio.

Alguien jadea.

Un vaso se rompe al caer al suelo.

Cuando nos separamos, mantiene su brazo derecho alrededor de mi cintura, como si quisiera dejar totalmente claro que estamos juntas.

—¿Alguna otra pregunta sobre métodos de juego? —ironiza, alzando las cejas hacia Xavier Firch.

La cara de Xavier adquiere un interesante tono púrpura. Balbucea algo y se retira, dejando tan solo susurros conmocionados a su paso.

—Eso —anuncia Prity—, fue mejor que cualquier partida de póker que haya visto nunca.

—¿Qué ocurrió con lo de mantener las cosas en privado?

—Me cansé de fingir que no estoy enamorada de ti —confiesa, apoyando su frente sobre la mía.

—¿Qué has dicho?

—Estoy cansada de ocultarlo —repite con voz más firme y mi corazón amenaza con estallar en cualquier momento.

—Y eso de tu reputación... ¿Lo de que eres mi profesora y toda esa mierda?

—No vale la pena perderte —me besa otra vez, ahora con más ternura—. Que hablen. Ya no me importa.

En algún lugar, suena el clic de una cámara. Mañana, probablemente estaremos otra vez por todas las redes sociales. Pero ahora mismo, con Iris sosteniéndome como si no quisiera soltarme jamás, no podría importarme menos.

—Vamos arriba, a tu habitación, o a la mía, me da igual. Ahora mismo me sirve incluso el baño —susurro contra sus labios.

—¿Estás segura?

—Más segura que nunca. Mejor una de las habitaciones que el baño —bromeo.

El corto trayecto en el ascensor se convierte en una pequeña tortura. Iris mantiene una mano en mi cintura, su pulgar trazando círculos en mi espalda que envían escalofríos por toda mi columna. Cada piso nos acerca más a estar solas, a dejar caer todas las prendas de ropa hasta quedarnos desnudas.

—Estás pensando demasiado alto —murmura contra mi oído.

—Estoy pensando en quitarte ese vestido, en abrirte las piernas, colocarme entre ellas y… bueno, ya sabes lo que viene a continuación.

Su respiración se entrecorta. Las puertas del ascensor se abren, y apenas llegamos a su habitación. En el momento en que el cerrojo hace clic, Iris me presiona contra la puerta, acariciando mis pechos mientras me besa.

—Espera —la detengo, apartándome lo justo para ver su rostro—. Dilo otra vez.

—Te quiero, Kate Malone.

—Otra vez.

Besa mi cuello.

—Te quiero —mi clavícula—. Te quiero —el punto sensible bajo mi oreja que me hace jadear—. Te quiero.

Desabrocho con prisas su cremallera.

—Hoy sí te lo has ganado —susurro con un guiño de ojo.

La urgencia se desvanece, es reemplazada por algo más profundo. Iris se toma su tiempo, deslizando los tirantes de mi vestido con suavidad, cubriendo con un beso cada centímetro de piel desnuda.

—Eres preciosa —murmura contra mi hombro—. Perfecta.

El vestido cae a mis pies. El aire acondicionado sobre mí me pone la piel de gallina y endurece mis pezones, aunque quizá sea la punta de sus dedos mientras traza mis tatuajes.

A continuación, la desvisto con lentitud, sus ojos verdes muestran una mezcla entre vulnerabilidad y deseo. Y, cuando ambas estamos completamente desnudas, con la ropa esparcida a nuestros pies, me coge de la mano para llevarme a la cama.

—He estado pensando en esto toda la noche —admite entre susurros—. En quitarte ese vestido, en acariciar tu cuerpo, en hacerte el amor.

—Soy toda tuya —suspiro.

—Shhh —me abre las piernas para besar el interior de mis muslos —. Déjame cuidarte como corresponde.

El tiempo pierde significado. Solo hay sensación: su boca sobre mi clítoris, sus dedos en mi interior, la forma en que lee mi cuerpo como una partida de póker. Sabe exactamente cuándo empujar, cuándo ir más lento, cuándo llevarme cada vez más alto, deteniéndose justo antes de que alcance el orgasmo, dejándome descansar unos instantes para volver a excitarme de nuevo.

Cuando alcanzo el clímax, me cubre de pequeños besos sin sacar los dedos de mi interior, alargándolo, cubriéndome de besos mientras todo mi cuerpo tiembla en pequeños espasmos de placer para a continuación meter en mi boca esos mismos dedos y pedirme que los chupe.

En cuanto recupero la respiración, la tumbo sobre la cama, sujetando sus manos sobre su cabeza.

—Mi turno.

Me tomo mi tiempo recorriendo su cuerpo, acariciando, besando, mordiendo, encontrando lugares que la hacen jadear y gemir, arquear la espalda, gritar de placer.

Más tarde, tumbada sobre su cuerpo, descansando mi cabeza en su hombro, Iris traza patrones perezosos en mi espalda con la punta de sus dedos mientras juego con sus labios.

—Iba a decírtelo esta noche —confieso—. Que no podía seguir fingiendo. Me estaba volviendo loca, no lo aguantaba más.

—Siento haberte hecho esperar tanto. Ni siquiera sé a qué tenía miedo —admite, besando mi sien.

—¿Y ahora?

—Ahora solo tengo miedo de perderte.

—Eso no va a pasar —replico, apoyándome sobre un codo para mirarla.

—¿No? ¿Incluso cuando sea terca y difícil?

—Incluso entonces —respondo con un suave beso en uno de sus pezones—. Pero como me llames otra vez señorita Malone, te arranco la cabeza.

—Trato hecho.

Fuera, las luces de Atlantic City son un mosaico de colores nocturnos. Mañana nos enfrentaremos al torneo de póker, a los rumores, a lo que venga. Pero esta noche, solo existe esto: sus brazos alrededor de mi cuerpo, su corazón latiendo contra el mío, la certeza de saber que estoy exactamente donde quiero estar.

Capítulo 12

Iris

La sala del torneo vibra con una tensión eléctrica. Recorro las mesas con la mirada, catalogando posiciones y fichas, pero inevitablemente, mis ojos se desvían hacia Kate. Su cabello rubio parece querer atrapar la luz mientras estudia sus cartas, con esa media sonrisa tan suya dibujándose en los labios.

—Tu chica lo está haciendo bien —susurra Leo a mi lado—. En su mesa ya han caído cuatro jugadores.

—Ella no es mi... —Me detengo, recordando lo que ocurrió anoche, viejas costumbres.

Leo sonríe.

—El mundo del póker sigue comentando tu dramática declaración de amor con ese beso. Xavier Firch parecía a punto de tragarse la lengua.

—Mejor así.

Un movimiento capta mi atención. Derek Stephen mira demasiado fijamente a Kate y sonríe, todo dientes perfectos y encanto calculado frente al espejo. Reconozco su tipo: el típico hombre que ve a las mujeres solo como una conquista en lugar de una competidora.

—Vaya, vaya —escucho cuando me acerco un poco más—. ¿Quién me iba a decir a mí que me estaría enfrentando a la infame Kate Malone en un torneo de este nivel? He escuchado que en algunas partidas callejeras has llegado a apostar tu cuerpo, ¿es cierto?

Kate apenas levanta la mirada, aunque a mí, el comentario me llena de ira.

—¿Infame? Eso es nuevo —susurra.

—Tu beso con Richardson es tendencia en Twitter —se inclina más cerca—. Aunque si buscas a alguien más de tu edad... alguien que no tenga que usar los dedos o la lengua, sino que te llene de verdad, ya sabes dónde me tienes.

Estoy a punto de arrojarle a la cara mi taza de café cuando Leo toca mi brazo y me detiene.

—Puede manejarlo —murmura—. Estoy seguro de que se ha enfrentado a situaciones mucho peores en su vida.

Y Kate lo demuestra de inmediato.

—Céntrate en tus cartas, Derek. Necesitarás toda tu concentración para mantenerte a mi nivel.

La siguiente hora es una clase magistral de póker preciso. Kate desmonta los tics de los oponentes que quedan en la mesa uno a uno, construyendo su montón de fichas con una agresividad calculada. Ni siquiera los constantes intentos de flirteo de Derek Stephen logran romper su concentración.

Entonces llega la mano que lo cambia todo.

Dereck abre con una subida.

—Dos mil.

—Voy —Kate iguala su apuesta sin dudarlo.

El flop muestra Reina-Jota-Diez, todos corazones. Una jugada peligrosa.

Dereck sube de nuevo.

—Cinco mil.

—Subo a quince —la voz de Kate permanece firme, pero veo su dedo dar un golpecito contra sus cartas, un tic que ha desarrollado para confundir a sus oponentes.

—Es un farol —bufa Dereck—. Voy.

El turn trae el Rey de corazones. Cuatro cartas para una escalera real en el tablero.

Dereck pasa. Kate empuja hacia delante una alta pila de fichas.

—Veinticinco mil.

—No tienes el As —la cara de Dereck enrojece—. Este es exactamente el tipo de jugada imprudente que...

—¿Vas o te retiras? —corta Kate, clavándole sus ojos azules—. ¿O es que solo te has sentado para hablar, no para jugar al póker?

—Voy —prácticamente escupe la palabra.

Siete de tréboles.

Xavier pasa de nuevo. Kate comienza a contar sus fichas.

—No lo hagas —la voz de Dereck se vuelve desagradable—. Lo que sea que Richardson te enseñe en privado no te ayudará aquí.

—Voy con todo —anuncia.

La sala se queda en silencio.

Dereck se levanta, colocando ambos brazos sobre la mesa.

—¿Crees que por acostarte con Richardson no le va a importar que pierdas el dinero de la academia? Porque no es tu propio dinero, ¿verdad? Las apuestas aquí son demasiado altas para una rata callejera como tú.

—Creo —responde Kate con calma—, que estás ganando tiempo porque sabes que estás perdido.

—Esto es ridículo —se gira hacia el crupier—. Ni siquiera debería permitírsele jugar. Claramente, hay un conflicto de intereses, se acuesta con la organizadora del torneo.

—Tiempo —la voz de Kate interrumpe la queja—. Pido que se le aplique el tiempo, por favor.

El supervisor de la mesa comienza la cuenta atrás. Él continúa protestando, pero su tiempo se agota.

—Diez segundos —anuncia el supervisor.

Dereck lanza sus cartas al crupier.

—Esto es una puta broma —gruñe.

Kate muestra sus cartas: As-Nueve de corazones. Escalera de color. No era ningún farol esta vez.

Dereck pega una patada a su silla al marcharse.

—¡El torneo entero está amañado! Es una vergüenza —protesta mientras abandona la sala, atrayendo todas las miradas del público.

—Señor Stephen —mi voz le detiene—. Toque el mobiliario otra vez y quedará vetado para futuros eventos.

Abre la boca para quejarse, se lo piensa mejor, y se marcha furioso.

—Buena mano —le dice un jugador joven a Kate mientras le guiña un ojo—. ¿Puedo invitarte a una copa para celebrarlo?

—Gracias —responde, apilando sus fichas—. Pero tengo pareja— añade, y a continuación busca mi mirada a través de la sala de juego.

—Tranquila —me recuerda Leo—. Deja que libre sus propias batallas.

—Lo sé —respondo, aunque mis manos se tensan de todos modos—. Es solo que...

—Si de verdad la quieres —aprieta mi hombro—, confía en ella.

La palabra resuena en mi cabeza mientras la veo dominar el resto de la sesión. Confianza. Un concepto simple, pero aterrador, sobre todo cuando tu corazón está tan involucrado.

Más tarde, en nuestra habitación de hotel, la tensión finalmente se desborda.

—Me estabas vigilando —protesta al tiempo que se quita los pendientes y me observa en el espejo—. Todo el jodido día.

—Estaba supervisando a mis estudiantes.

—Venga ya, Iris. Mirabas a Dereck Stephen como si quisieras prenderle fuego.

Trato de parecer muy ocupada con mi portátil, evitando su mirada.

—Se estaba comportando de manera inapropiada —respondo.

—Estaba siendo Dereck —replica, girándose hacia mí—. El mismo Dereck que coquetea con todas las mujeres capaces de respirar. El mismo Dereck que seguramente tú misma has manejado docenas de veces antes.

—No debería...

—¿Qué? ¿No debería coquetear con tu novia? ¿No debería tratarme como a cualquier otra jugadora del circuito? ¿O no debería hacerte sentir insegura?

La palabra golpea como una bofetada.

—No me hizo sentir insegura —me quejo.

—¿De verdad? —pregunta al tiempo que cruza la habitación, sentándose en el escritorio junto a mi portátil—. Entonces, ¿no estabas lista para saltar sobre su yugular cada vez que alguien me miraba como si me quisiera desnudar? ¿Crees que te voy a engañar porque se cruce un imbécil?

—Te vigilaba porque me importas.

—No —replica mientras cierra mi portátil—. Me vigilabas porque todavía piensas que necesito protección. Porque en algún lugar de esa brillante mente tuya, temes que vaya a fracasar o que me vaya a la cama con otra persona.

—Kate, yo no...

—He sobrevivido a cosas muchísimo peores que Derek Stephen —su voz se suaviza—. Peores que el idiota de Xavier Firch. Aprendí a jugar al póker en lugares que harían que tu academia o tu lujoso torneo pareciese un jardín de infancia. No necesito una protectora. Y no necesito que le hagas sentir a todo el mundo que te pertenezco. Estoy contigo porque quiero, no te pertenezco.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque, a veces, parece que olvidas que ya no soy solo tu alumna. Soy tu novia y, por tanto, también soy tu igual.

Las palabras parecen atascarse en mi garganta, pero las fuerzo a salir.

—Nunca me había sentido así antes.

—¿Así cómo?

—Como si mi corazón caminara fuera de mi cuerpo —clavo mis uñas en mi pulgar mientras hablo—. Cuando Xavier se metió contigo ayer en la fiesta del cóctel, cuando Dereck seguía insistiendo hoy en la mesa de póker... quería destrozarlos.

—Pero no lo hiciste.

—No —admito y consigo esbozar una pequeña sonrisa—. Pero tú los manejaste mejor de lo que yo podría haberlo hecho. Bueno, y en el caso de Dereck, porque Leo me detuvo.

Entorna los ojos y se lleva una mano a la frente. A continuación, se sienta a horcajadas sobre mis muslos, envolviendo los brazos alrededor de mi cuello.

—¿Sabes por qué me enamoré de ti? —susurra junto a mi oído.

—¿Por mis impresionantes habilidades en el póker?

—Porque me viste —suspira, acariciando mis mejillas con el reverso de su mano—. No como un caso de caridad o una conquista. Ni siquiera como un proyecto. Me viste como una igual desde el primer día, incluso cuando discutíamos. Me respetaste desde el primer día. No pierdas eso ahora solo porque estemos juntas.

—Lo intento —confieso, apoyando mi frente contra la suya—. Pero... es aterrador. Sigo esperando que algo salga mal.

—¿La gran Iris Richardson, asustada? —ironiza mientras me besa con suavidad—. Eso es algo que nunca pensé que oiría.

—Solo de perderte.

—Eso no va a suceder, ya te lo dije ayer —me recuerda con otro beso, esta vez más profundo—. Pero tienes que dejarme luchar en mis propias batallas. Déjame probar mi valía sin tener de continuo tu sombra detrás de mí.

—Incluso cuando gente como Dereck...

—Especialmente en esos momentos —sonríe—. Además, ¿no viste lo satisfactorio que fue aplastarlo por mí misma?

—Ese all-in fue hermoso.

—Y eso es lo que necesito de ti —susurra, enredando los dedos en mi melena—. No protección. No vigilancia. Solo fe en mí, como tenías desde el principio.

—Puedo hacer eso. Aunque no puedo prometerte no fulminar con la mirada a Dereck Stephen si vuelve a intentar ligar contigo.

—¿Sabes? Reconozco que los celos te sientan bien —suspira mordiendo mi labio inferior —. Pero la confianza te sienta mejor.

Capítulo 13

Kate – Dos meses más tarde.

El Strip de Las Vegas centellea en la distancia, una cinta de luces que brillan contra un cielo que se oscurece. Desde nuestra mesa, en la terraza del restaurante, la ciudad se extiende bajo nosotras como un mar de estrellas. Cada luz es una historia sin contar, cada historia un secreto que la ciudad guarda celosamente. Lo que ocurre en Las Vegas, se queda en Las Vegas…

—Esto es perfecto —admito, apretando su mano sobre la mesa—. Aunque me sorprende que no me estés interrogando sobre el torneo de mañana.

Sonríe, y el atardecer pinta su cabello castaño rojizo con destellos que parecen hechos de fuego.

—¿No puedo simplemente querer consentir a mi novia antes de su gran día?

—Odias las sorpresas —susurro mientras doy un largo sorbo a la copa de vino—. ¿Qué está pasando realmente por esa mente estratégica tuya?

—Tal vez solo estoy orgullosa de ti —respondo, dibujando patrones en mi palma—. ¿Sabes cuántos jugadores intentan durante años conseguir un asiento en las series Mundiales? Y aquí estás tú, al primer intento.

—Aquí estoy —estudio su rostro a la luz de las velas—. Gracias a ti.

—No —me corrige y levanta mi mano para besarme los nudillos—. Gracias a tu talento. Yo solo ayudé a refinarlo.

El camarero llega con nuestro plato de marisco, y por un momento, solo disfrutamos de la comida y de la vista. Iris me cuenta sobre su primer torneo en las series Mundiales, cómo se perdió tratando de encontrar su hotel y terminó en Fremont Street a medianoche.

—No puedo imaginarte perdida —me río—. Siempre pareces saber exactamente adónde vas.

Algo parpadea en sus ojos.

—Sobre mañana...

—Aquí vamos.

—Solamente escúchame, por favor —suspira al tiempo que se inclina hacia delante—. Las mesas de las series Mundiales son diferentes a cualquier cosa que hayas jugado antes. Los jugadores son tiburones, y olerán cualquier debilidad.

—Lo sé —la corto.

—Entonces sabes que necesitas ajustar tu estilo —su voz cambia al modo de enseñanza —. Juega conservadora, elige tus momentos con cuidado...

—Quieres decir que sea otra persona —añado con un soplido, dejando el tenedor sobre el plato con más fuerza de la necesaria—. Alguien segura y predecible. Tan predecible que pierda seguro.

—Kate...

—No, seamos claras —protesto, y el ambiente romántico de la cena se evapora de un solo golpe—. Quieres que abandone todo lo que me trajo aquí. Todos mis instintos, todas mis jugadas poco convencionales.

—Quiero que tengas éxito.

—¿Jugando como tú? —me echo hacia atrás en la silla—. Esa no soy yo, Iris. Lo sabes.

—Las series Mundiales no son una de tus partidas clandestinas en callejones oscuros —su voz se tensa—. Un error podría costarte todo.

—Un farol perfecto podría hacerme ganarlo todo —respondo bajando el tono de voz y buscando su mirada—. Eso es lo que realmente temes, ¿verdad? Que intente algo audaz y fracase de manera espectacular. Muchas gracias por tu confianza.

—Estoy tratando de protegerte...

—No. No digas que estás tratando de protegerme. Ya hablamos de esto.

A nuestro alrededor, otros comensales fingen no escuchar. El atardecer se ha desvanecido en el crepúsculo y las luces de la ciudad brillan ahora más que las estrellas.

—He estudiado a estos jugadores —continúo, bajando el tono de voz—. Conozco sus patrones, sus señales. Sí, aprendí disciplina de ti, pero también sé cuándo confiar en mi instinto.

—Tu instinto podría hacerte perder en la primera hora de juego.

—O podría llevarme hasta la mesa final —me levanto—. Pero nunca lo sabré si juego con miedo. Porque entonces perderé seguro.

—Kate, por favor. Solo escucha... —ruega, extendiendo su mano para coger la mía.

—Ya he escuchado lo suficiente —replico, apartándome de ella—. He aprendido todo lo que tenías que enseñarme. Pero mañana, jugaré mi juego. Mi estilo, mi instinto, seré yo misma, no una copia tuya. Las copias nunca salen bien.

El viaje de regreso al hotel es demasiado silencioso. Iris mira por la ventana mientras juego con mi pulsera de la suerte, ambas demasiado obstinadas para ser la primera en ceder.

En nuestra habitación, voy directamente a la ducha, necesitando espacio para pensar. El agua caliente no elimina la tensión, pero ayuda a aclarar mi mente.

Cuando salgo, Iris ya está en la cama, su respiración uniforme con el sueño. O fingiendo dormir. De cualquier modo, me deslizo bajo las sábanas en mi lado de la cama, manteniendo una distancia cuidadosa para que nuestros cuerpos no se rocen.

Mañana, me enfrentaré a la partida de póker más importante de mi vida. Y me enfrentaré sintiéndome sola.

Permanezco despierta, observando las sombras que crean las luces de la calle jugar en el techo. A mi lado, la respiración de Iris tiene ese ligero enganche que significa que tampoco está realmente dormida. Solo finge estarlo.

La distancia entre nosotras parece mucho más grande que los pocos centímetros que realmente nos separan. Quiero borrarla, acurrucarme junto a la calidez de su piel desnuda como todas las otras noches. Pero sus palabras en la cena resuenan en mi cabeza y no quieren irse.

—Sé que estás despierta —susurro.

Se mueve, pero no se gira.

—Deberíamos dormir. Gran día mañana. Descansa.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Qué quieres que diga? —su voz suena amortiguada por la almohada—. ¿Que lo siento por preocuparme por tu futuro? Es lo que se supone que debo hacer, ¿no?

—Quiero que digas que crees en mí, joder —las palabras salen más fuertes de lo que pretendía—. En quien de verdad soy. No solo en quien quieres que sea.

Por fin, se da la vuelta. En la tenue luz que entra por la ventana, sus ojos verdes parecen brillar.

—Por supuesto que creo en ti.

—Entonces, ¿por qué intentas cambiarme? —pregunto, apoyándome sobre un codo—. ¿Por qué no confías en que todo lo que me has enseñado se mezclará con todo lo que ya soy?

—Porque he visto a grandes jugadores estrellarse y arder en las series Mundiales, Kate. Porque es el torneo más fuerte del mundo —extiende su mano, pero se detiene antes de tocarme—. Jugadores muy buenos que pensaron que podían vencer a las probabilidades con brillantes faroles.

—¿Como tú? —en el momento en que lo digo, sé que es un error.

Iris se queda inmóvil.

—Eso no es justo.

—¿No? —me siento sobre la cama—. Tienes tanto miedo de que cometa tus errores, que preferirías que no hiciera ningún movimiento audaz.

—Kate...

—No soy tú, Iris —replico y mi voz se quiebra un poco—. No estoy huyendo de ningún escándalo, ni tratando de proteger un legado. Solo soy una chica que ama el póker y quiere demostrar que pertenece a un torneo de la máxima categoría.

—Sí, claro que perteneces a este torneo —Iris también se sienta—. Por eso no puedo soportar la idea de verte salir hundida. Lo sé por experiencia.

—Sé que has pasado por ello, pero, si no puedes soportar verme jugar a mi manera, mantente alejada de la mesa mañana —gruño, saliendo de la cama y empezando a vestirme.

—¿Dónde vas?

—A despejar la mente —respondo, cogiendo mi llave de la habitación y mi sudadera—. Necesito pensar, y no puedo hacerlo contigo mirándome como si estuviera a punto de autodestruirme en cualquier instante.

—Ya es medianoche.

—Conozco los riesgos. Esa es la diferencia entre nosotras. Tú ves los riesgos como algo que evitar y los ves por todos los lados, aunque no existan. Yo los veo como oportunidades para probarme a mí misma. Y no te preocupes por mí, me mantendré en zonas seguras.

El pasillo del hotel está desierto. Tomo el ascensor hasta la zona de la piscina en la azotea y la encuentro vacía, excepto por el suave chapoteo del agua contra las baldosas.

Las Vegas se extiende ante mí, un laberinto de luces brillantes y coches a pesar de la hora. En algún lugar de ese laberinto, en uno de los grandes casinos, está la sala donde mañana demostraré si Iris tiene razón o no.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Prity.

—Duerme un poco, campeona.

Luego otro de Leo.

—Recuerda lo que te enseñé sobre leer señales nerviosas. Y lo que tú me enseñaste sobre confiar en tus instintos.

Pero nada de Iris.

Acaricio mi pulsera de la suerte, la que he llevado desde mi primera partida de póker. Cada cuenta representa una victoria, a veces, una lección aprendida por las malas. Mañana, gane o pierda, añadiré otra.

La pregunta es: ¿estará Iris allí para verlo?

El aire nocturno me devuelve un leve aroma a jazmín y a cloro. Abajo, el tráfico aún zumba, la ciudad se prepara para un nuevo día.

Mi teléfono vibra de nuevo. Esta vez, es Iris.

—Por favor, regresa a la habitación. Te quiero. Incluso cuando tengo miedo por ti. Tal vez especialmente en esos instantes.

Miro fijamente el mensaje, mis dedos suspendidos sobre las teclas del teléfono.

Antes de que pueda responder, aparece otro mensaje.

—Y estaré allí mañana. Tanto si me quieres como si no. Porque eso es el amor. Estaré junto a ti para celebrar o para ayudarte a recomponer tus pedazos.

El cursor parpadea, espera mi respuesta. En doce horas, estaré en una de las mesas de las series mundiales, enfrentándome al momento más importante de mi carrera.

Pero ahora mismo, en este momento, tengo que decidir si estoy lista para cerrar esta brecha entre nosotras. Para encontrar una manera de ser tanto la jugadora que ella quiere como la que siempre he sido.

Capítulo 14

Iris

Llevo una hora entera observando a Kate dormir, ensayando palabras que quiero decir a modo de disculpa, unas palabras que aún se sienten insuficientes. Los latidos acelerados de mi corazón me recuerdan lo mucho que significa este momento.

—Kate —susurro, rozando su hombro con delicadeza—. Despierta.

Se mueve bajo las sábanas, sus ojos azules parpadean intentando enfocarse.

—¿Qué hora es?

—Temprano —me siento en el borde de la cama, y el colchón se hunde bajo mi peso—. Necesitamos hablar.

—Si es sobre lo de anoche...

—Déjame terminar —tiro de su mano antes de que pueda alejarse de mí—. Por favor.

Se incorpora, su melena rubia revuelta por el sueño cae en cascada sobre sus hombros.

—Siento lo que ocurrió durante la cena. Manejé mal las cosas, mis comentarios… —hago una pausa porque las palabras brotan de manera atropellada—. Estaba tan concentrada en protegerte que olvidé por qué me enamoré de ti.

—¿Y por qué fue?

—Porque eres intrépida —respondo, trazando círculos en su palma con mi dedo pulgar —. Porque ves jugadas que yo jamás soñaría hacer. Porque tus instintos son algo que nunca había visto con anterioridad.

Kate estudia mi rostro con una intensidad extraña.

—¿Pero?

—Pero viniste a mí para aprender —prosigo, buscando su mirada—. Dijiste que mi academia podría hacerte una jugadora mejor. Eso significa algo, ¿no crees?

—Significa que respeto tu conocimiento —susurra, acercándose más a mí—. No significa que quiera convertirme en ti.

—Lo sé —aprieto su mano—. Dios, lo sé. Y tampoco quiero eso. No quiero que seas una copia de mí. Tu estilo, tu audacia... es impresionante de ver. Pero...

—Ya estamos con los putos peros…

—A veces lo más valiente no es ir a por todas —confieso mientras acaricio su mejilla—. A veces es mejor tomar un respiro, controlar tus emociones, asegurarte de que la jugada es la correcta y no solo una jugada emocionante.

Se queda callada por un momento. El amanecer acaricia su perfil, haciéndola parecer increíblemente joven y vulnerable.

—Puede que tengas razón —dice finalmente.

Parpadeo sorprendida al escuchar sus palabras.

—¿Qué?

—No pongas esa cara de asombro. De vez en cuando te escucho —bromea, alzando las cejas.

—Me habías engañado.

—Siempre confiaré primero en mi instinto —confiesa, cubriendo mi mano con la suya—. Es quien soy. Pero quizás... quizás podría tomarme ese momento extra del que siempre

hablas. Pensar realmente en las consecuencias de la jugada.

—Es todo lo que pido. Solo un momento para estar segura.

—¿Porque no quieres verme perder?

—Porque te amo.

—Iris...

La alarma del teléfono móvil suena, haciéndonos saltar. 6:30 AM. El torneo empieza en dos horas.

—Mierda —Kate salta de la cama—. Todavía tengo que ducharme.

—Kate, espera...

—No hay tiempo —anuncia, cogiendo su ropa para el torneo. El blazer que le compré en Atlantic City, con su pulsera de la suerte ya enganchada en la manga—. Podemos hablar después. Cuando todo acabe. Tendremos mucho tiempo para hacerlo.

La observo moverse por la habitación y mi corazón late desbocado.

Se detiene en la puerta del baño, cepillo de dientes en mano.

—Sobre lo que has dicho...

—Llegarás tarde. Has trabajado demasiado duro para llegar tarde hoy.

Otra pausa. Da un paso hacia mí, luego mira el reloj.

—Iris...

—Ve —logro sonreír—. Prepárate. Todo lo demás puede esperar.

La puerta del baño se cierra. Masajeo mis sienes, maldiciendo el momento.

Kate emerge veinte minutos más tarde, envuelta en una nube de vapor y perfume. Su pelo está recogido en una cola de caballo, exponiendo la delicada línea de su cuello que he besado en tantas ocasiones. El blazer le queda perfecto, parece profesional y peligrosa al mismo tiempo.

Revisa su reflejo en el espejo, ajustando la pulsera de la suerte.

—¿Estoy bien?

—Mejor que bien. Perfecta —reconozco con un suspiro.

Se gira, y por un momento, pienso que va a decir algo.

Justo entonces, alguien golpea la puerta, probablemente Leo, que viene a escoltarla hasta el evento.

—Kate —doy un paso adelante—. Yo...

—Más tarde, cuando todo acabe. Todo lo demás puede esperar, ¿recuerdas? —inquiere, apretando mis manos entre las suyas.

Antes de que pueda responder, se ha ido. La puerta se cierra tras ella con fuerza, dejándome sola con el amanecer y hecha un manojo de nervios. Si las tres veces que competí en las series Mundiales estaba nerviosa. Ahora lo estoy mucho más.

Porque sé lo duro que será cuando la eliminen.

Me dejo caer sobre el colchón, acaricio el lugar aún tibio donde Kate dormía.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Leo:

—Está lista. ¿Vendrás a verla jugar o lo verás por televisión?

¿Lo haré? ¿Puedo sentarme allí y verla jugar las manos de póker más importantes de su vida?

¿Puedo soportar verla perder?

Miro fijamente el mensaje, el cursor parpadea como un latido, mientras el sol de Las Vegas asciende cada vez más alto en el cielo.

Capítulo 15

Kate

La mesa final del torneo parece vibrar con una energía extraña.

—Concéntrate, Malone —me repito a mí misma mientras juego con las fichas. El familiar clic-clic me devuelve a la realidad—. Mantén la cabeza en el juego —susurró.

—Guau, ¿estás hablando sola? —La voz de Vince Bailey destila prepotencia en cada una de sus palabras—. Los métodos de enseñanza de Richardson deben ser... peculiares.

Levanto la mirada para encontrarme al vigente campeón de las series Mundiales sonriéndome con suficiencia desde el otro lado del tapete. Su traje de diseñador y su Rolex de oro gritan dinero y poder.

—Su apuesta, señor Bailey —mascullo, tratando de mantenerme lo más fría posible.

Empuja las fichas hacia delante con unas uñas tan perfectas que estoy segura de que ha tenido una sesión de manicura esta misma mañana. Joder, para ser un hombre, no tiene ni el pelo de una ceja mal colocado.

—Voy con diez mil —anuncia asegurándose de mostrar unos dientes blanquísimos y todos iguales—. Dinos, Malone, ¿cómo se pasa de rata callejera jugando en partidas clandestinas a una mesa de las series Mundiales en Las Vegas? Además de lo obvio, claro.

Los otros jugadores se remueven incómodos en sus sillas al escuchar el comentario. Las cámaras nos enfocan, estoy segura de que no pueden escuchar lo que decimos, sobre todo si hablamos en voz baja, pero siempre les viene bien un buen drama en caso de que alguien pierda el control. Si estos idiotas supiesen el tipo de comentarios a los que estoy acostumbrada cuando juego en callejones oscuros con gente poco recomendable, ni se molestarían en intentar provocarme.

—Voy —igualo su apuesta, manteniendo mi voz con un tono neutro que no indique si llevo una buena mano o una mala—. Si tanto te interesan los métodos de enseñanza de Iris, puedes presentarte a las pruebas de la academia el próximo año, es posible que acepten a alguien con poco talento como tú —espeto, provocando una sonrisa cómplice en dos de los jugadores que empiezan a estar cansados de su actitud chulesca.

—¿Recibiría beneficios adicionales de Iris Richardson como tú? En ese caso me lo pensaría. Ya sabes, clases privadas que incluyen algo más que póker —añade con un guiño de ojo.

El flop muestra Reina-Jota-Nueve, arcoíris. Una mano de proyecto en el mejor de los casos.

—Paso —mantengo la calma mientras rozo con la punta de los dedos mi pulsera de la suerte.

—Veinte mil —Vince Bailey se inclina hacia delante de manera exagerada para subir su apuesta—. Iris siempre se cagó de miedo al llegar a las Series Mundiales. Espero que a ti no te ocurra lo mismo. Es lo malo de las mujeres. Algunas, hasta jugáis bien en torneos intermedios, pero cuando llega la hora de jugar con los mayores…

—Cuarenta mil —subo sin dudar—. Me gustaría verte jugar en algunos de los sitios en los que yo he jugado. Ahí sí que te cagarías de miedo. No es por nada, pero esto parece un jardín de infancia en comparación —replico con sequedad.

He subido la voz más de lo que es habitual en una de estas mesas, provocando susurros entre los espectadores que están más cerca y consiguiendo que su mandíbula se tense. Objetivo cumplido.

—Se necesita mucho más para intimidarme, niñata —masculla, igualando mi subida con frialdad—. Te recuerdo que he ganado más torneos de los que tú has jugado.

El turn trae un diez de corazones. Estudio su rostro y noto una ligera tensión alrededor de los ojos. Trama algo.

—Paso.

—Cincuenta mil —desliza las fichas hacia delante—. Veamos si los instintos callejeros valen de algo contra el verdadero talento.

Las palabras de Iris resuenan en mi cabeza: A veces, lo más valiente no es ir con todo.

Acaricio las cartas, luchando contra el familiar impulso de empujar todas mis fichas hacia delante. De probarme a mí misma con un movimiento audaz.

En su lugar, respiro hondo. Estudio su patrón de apuestas. Recuerdo todo lo que Iris me enseñó sobre posición y control del bote.

—Voy.

El river trae el ocho de tréboles, estoy segura de que tiene un proyecto de escalera.

Bailey apuesta de nuevo, más grande esta vez, tratando de intimidar.

—Cien mil. ¿O te vas a cagar de miedo como hacía Iris Richardson cuando llegaba hasta aquí?

—¿Quieres saber algo sobre Iris Richardson? —pregunto igualando su apuesta—. Vale un millón de veces más que tú. Y estoy con ella, no porque pueda ayudar a mi carrera, sino porque me vio cuando nadie más lo hizo. Porque creyó en mí cuando no era más que talento crudo y actitud rebelde.

La mesa se queda en silencio. Incluso los espectadores más cercanos parecen contener la respiración.

—¿Y sabes qué más? —insisto, extendiendo mis cartas bocarriba—. Me enseñó paciencia.

Doble pareja, Reinas y Dieces.

El rostro de Bailey se queda blanco mientras muestra su proyecto de escalera fallido.

—Buena mano, mucha suerte, pero buena mano —reconoce, aunque su tono de voz es tan frío que podría congelar el mismísimo infierno—. Seguro que tu novia está muy orgullosa.

—Oh, estoy segura de que lo está, gane o pierda —suelto mientras apilo mis nuevas fichas—. Y yo estoy muy orgullosa de que Iris sea mi novia. ¿Algún otro comentario sobre mi vida personal, o ya podemos jugar al póker?

Me fulmina con la mirada, pero se mantiene en silencio mientras reparten la siguiente mano.

Las horas se difuminan. Juego con una extraña combinación de instinto y disciplina, escuchando la voz de Iris en mi cabeza en los momentos cruciales.

Y entonces llega la mano que lo cambia todo.

Bailey abre con una subida bestial.

—Doscientos mil dólares —murmura con una sonrisa, mirándome fijamente a los ojos.

Miro mis cartas conectadas del mismo palo: Ocho-Nueve de corazones. El tipo de mano que solía hacerme ir all-in por pura corazonada.

Respira, me digo a mí misma. Piénsalo bien.

—Voy.

El flop trae Siete-Diez de corazones y un Rey de tréboles. Proyecto de color con escalera abierta.

Bailey apuesta la mitad del bote.

—¿Cansada ya, rata callejera? Las partidas en los callejones son más cortas, ¿no? He oído que es raro si alguien no saca una pistola en las dos primeras horas o llega la policía.

—Subo a quinientos mil —anuncio. Mi corazón late con fuerza, pero mi voz permanece firme.

—Uh, alguien se siente valiente —bromea, igualando casi de inmediato—. O muy desesperada. ¿Sabes? Tu novia también solía autosabotearse de ese modo cuando ya no podía más con la tensión. Iba bien y, de pronto, lo mandaba todo a la mierda en una sola mano.

El turn trae una Jota de corazones.

Mi color está ahí, ya lo tengo, pero hay posibilidad de escalera en la mesa. Estudio el rostro de Bailey, observo las sutiles señales que las partidas clandestinas en las calles me enseñaron a reconocer: la ligera tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos golpean el tapete.

Apuesta un millón y la mesa se queda en silencio absoluto.

Este es el momento. El instante que podría hacer o deshacer mi torneo. Cada instinto grita que vaya con todo, que confíe en el color.

Pero la voz de Iris susurra de nuevo: piénsalo bien.

—Voy —esa sola palabra me cuesta la mitad de mi stack.

El river trae el dos de diamantes. Una carta inútil.

Bailey sonríe.

—Voy con todo.

La sala contiene la respiración. Las cámaras se enfocan en mi rostro.

Observo mis fichas, a continuación mis cartas. Pienso en cada lección, cada sesión de estrategia a medianoche. Cada momento que me llevó hasta aquí.

—¿Sabes cuál es tu problema, Bailey? —pregunto mientras igualo su apuesta—. Crees que el sexo femenino y la habilidad para jugar al póker son mutuamente excluyentes.

Sus ojos se entrecierran con una sonrisa.

—Muestra tu mano —exige.

—Quizás si pasaras menos tiempo preocupándote por mi vida amorosa... —Volteo mis cartas—. Habrías visto venir esto.

El color máximo que dejo sobre el tapete brilla bajo las luces de los focos.

El rostro de Bailey se vuelve de un extraño tono púrpura mientras muestra su proyecto fallido de escalera. No era más que un farol para ponerme nerviosa. La sala explota.

—¡La ganadora de las Series Mundiales y diez millones de dólares... Kate Malone!

Estoy de pie antes de darme cuenta, escaneando la multitud, buscando la mirada de Iris. Allí, junto a la barandilla, unos hermosos ojos verdes repletos de lágrimas.

Corro hacia ella y nos encontramos a medio camino, atrapándome mientras salto a sus brazos y rodeo su cintura con las piernas. El beso sabe a victoria. Las cámaras nos enfocan, los espectadores sacan fotos con sus móviles. Pero ya nada me importa.

—Lo conseguiste. Joder, lo conseguiste. Has ganado las Series Mundiales —repite como si no se lo pudiese creer.

—Tuve paciencia. Justo como tú me enseñaste.

—Lo vi —suspira, acariciando mi mejilla con los pulgares—. Esa manera de igualar en el turn fue perfecta.

—He tenido a la mejor maestra.

—¡Eh, eh, subid a la habitación! ¡Que corra el aire que os están grabando! —bromea Leo, corriendo hacia nosotras para fundirse en un abrazo.

A su lado, Prity está llorando desconsolada. La primera vez que la veo llorar, incluso algunos de los jugadores eliminados se acercan para felicitarme por haber hecho callar a Bailey.

—Vamos a tu habitación —susurro a su oído.

—¿A la habitación? Tenemos una fiesta a la que asistir para celebrar la victoria. Está la televisión, los organizadores, los sponsors.

—Podemos llegar unos minutos tarde —murmuro, besando su cuello—. Ahora mismo, ya sabes lo que necesito —agrego, deslizando la punta de la lengua por su yugular de manera disimulada.

—Si lo pides así...

Nos escabullimos de la multitud, de la mano, dejando atrás las cámaras y el caos. Más tarde responderé a las entrevistas y a los patrocinadores. Dejaré que me saquen fotos. Pero, los próximos minutos… Esos son solo para nosotras.